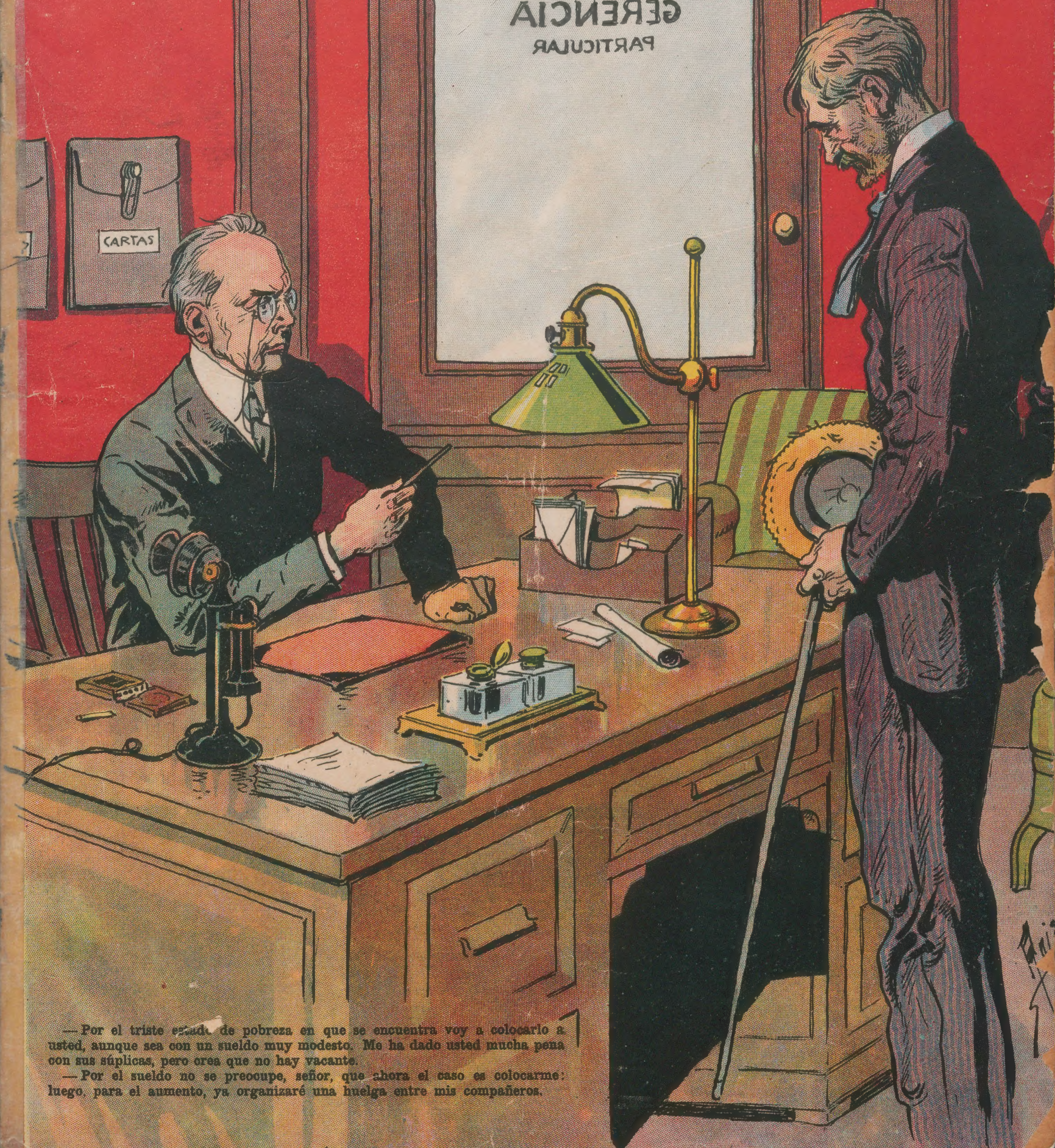
Fray Mocho



—Por el triste estado de pobreza en que se encuentra voy a colocarlo a usted, aunque sea con un sueldo muy modesto. Me ha dado usted mucha pena con sus súplicas, pero crea que no hay vacante.

—Por el sueldo no se preocupe, señor, que ahora el caso es colocarme: luego, para el aumento, ya organizaré una huelga entre mis compañeros.



FAROLA
LIMPIADOR
RESPLANDECE
LA CASA SIN
TRABAJO
ARMOUR AND COMPANY

FRAY MOCHO

Año VIII | Buenos Aires, 6 de mayo de 1919 | Núm. 367

Delicias internacionales

Mientras por dentro todo se vuelve agitación y huelga, y vivimos en plena ciudad del Doctor Ox, víctimas de un movimiento terrible por la conquista fulminante de lo irreal, por fuera el país ofrece el aspecto más lamentablemente silencioso y desairado que sea dable imaginar. No hace muchos días, el telégrafo nos anunció el traspaso final a los aliados de todos los buques alemanes detenidos en puertos argentinos durante la época de la guerra. Ni una palabra se dijo entonces de las indemnizaciones tantas veces anunciadas para compensar el tonelaje nacional hundido por los submarinos germanos. ¿Por qué en su oportunidad no embargó el gobierno los barcos necesarios para cubrir esa compensación? He aquí un misterio que costará caro al país, y cuya revelación no honrará seguramente a la famosa nueva escuela diplomática que había prometido llevarnos al pináculo de la notoriedad mundial.

Poco después, la conferencia de la paz constituye en Europa la liga de las naciones. En un documento sobrio y elocuente, los trascendentales principios en que se apoya la histórica iniciativa, aparecen como agrandados por la perspectiva de una humanidad libre de rencores, de antemano conforme con los fallos de la justicia en los conflictos que pudieran suscitarse. Con legítimo orgullo, los argentinos podríamos decir que las ideas madres del nuevo concepto jurídico internacional, nos pertenecen también a nosotros, ya que siempre preconizamos y practicamos el arbitraje como medio de dirimir las desinteligencias de país a país, excluyendo hasta el último límite de lo posible el recurso de la guerra.

¡Y bien! Por obra y gracia de nuestra increíble política actual, el nombre de la República no figura entre las partes contratantes. Apenas contaremos como invitados de segundo orden en calidad de adherentes a la liga. ¿Puede darse algo más triste y deslucido cuando se es dueño de una tradición tan clara como la argentina?

Lo peor de todo este deplorable drama es que en ningún momento el verdadero pueblo de la República dejó de prever este resultado, si se persistía en el propósito suicida de la neutralidad a todo trance que preconizaba el gobierno. ¡Cuán distinta sería hoy nuestra situación interna y externa, cuántas ventajas de orden moral y material no estaría palpando la nación entera, si en algún momento de sus desorientadas gestiones, la cancillería hubiera escuchado la voz estruendosa de la opinión que pedía en actos públicos inolvidables el cumplimiento austero del voto tradicional argentino en contra de todo militarismo conquistador y en pro de las naciones defensoras del derecho y de la libertad del mundo!

EN MOSCÚ



El maximalista (al regresar a su casa).—Olga, todavía no te has compenetrado del espíritu de la causa. Hay demasiado orden en esta casa.

La cuestión eterna

Es un hecho señalado por la observación general que la infancia menesterosa no ha sido nunca debidamente atendida entre nosotros. Salvo contadas instituciones, con pocos recursos, en primer lugar, y, en segundo, no siempre enteramente libres de prejuicios, el niño pobre, el semihuérfano o abandonado por sus padres, ha estado expuesto a todos los males y contaminaciones del ambiente callejero. No hace mucho, en una época de disturbios y desórdenes populares, pudo comprobarse que los destructores del alumbrado público, los incendiarios de vehículos, los saqueadores de armerías y otros establecimientos, etc., en su mayor parte, no eran adultos que protestaran en esta forma brutal contra las tristes condiciones económicas en que les había tocado vivir; sino muchachos de diez a quince años entregados al placer salvaje de aterrorizar los vecindarios apartados. Semejante situación reclama por parte de la sociedad en general, no ya tímidas iniciativas de mejoramiento educacional de la infancia sobre la base de sentimentalismos poco adinerados, sino una acción enérgica y rápida de los poderes públicos, un movimiento orgánico que se traduzca por parte del Consejo de Educación, sin ir más lejos, en consorcio con las iniciativas privadas, en hechos tales que aseguren en primer término el cumplimiento absoluto de la ley de instrucción obligatoria, y luego la reforma de esa ley, en el sentido de que sus efectos no se limiten a la mera enseñanza primaria, sino que asegure para los egresados de la escuela la ocupación remunerativa.

En estos últimos días merece aplausos el proyecto de creación de granjas modelos para niños, formulado por una distinguida dama argentina, preocupada como todos los que siguen el movimiento social contemporáneo, de este interesantísimo aspecto de la cuestión. Si, como cabe esperarlo, la idea prospera, no necesita más el gobierno que estudiar esa creación y las similares de Chascomús y de Córdoba para formular el vasto plan de educación práctica infantil, reclamado desde hace varias décadas por todos los habitantes conscientes de la República y celosos de su verdadera prosperidad y grandeza.

¡GOAL!



El aspecto del mundo para la generalidad de los chicos.

El problema de la vivienda

En verdad, era ya extraño que en estos tiempos de ruidosas manifestaciones de descontento por parte de los menos afortunados con relación a los pudientes, no hubiera exteriorizado el suyo una colectividad tan nutrida, y, en general, tan castigada por el hado adverso, como la de los inquilinos.

No es de ahora, sin duda, que consta a todo el mundo la deplorable inaccesibilidad de precio que caracteriza a la vivienda bonaerense, como tampoco toma desprevenido a nadie la revelación de las bajas condiciones de higiene y de confort de los llamados conventillos, donde se ven obligados a vivir en formidable hacinamiento las familias obreras.

Mucho se ha declamado anteriormente acerca del inagotable tema. Las ordenanzas municipales se multiplicaron ex profeso para corregir con medidas conminatorias la mala salubridad de esas viviendas, y el Congreso y el gobierno anunciaron innúmeras veces proyectos de construcción de casas baratas, higiénicas y confortables, donde los más pobres no carecieran de ninguna ventaja primordial al respecto, y, sobre todo, no debieran pagar con el hambre o la angustia jamás aplacada, un alquiler insoportable. Pero de todas estas manifestaciones bien intencionadas, sólo quedaban de relieve algunas pilas de borroneado papel, que hasta los directamente interesados habían concluído por no leer. El vigoroso meeting de la última semana, de pronto, puso el asunto nuevamente sobre el tapete, y esta vez con tales caracteres de urgencia, que es de creer en su eficaz solución a corto término.

Este problema, como todos los relacionados con el creciente costo de la vida, sin equivalencia razonable con el monto de los recursos, no es más que un capítulo del momento económico, difícil como ninguno, y debe encararse por los llamados a resolverlo con espíritu ecuánime, pues el fondo de la reclamación no puede ser más justo.

USTED LLEGARA A SER CABO

Javiera, mujer de rostro escuálido y extremadamente nerviosa por la debilidad de su organismo y por la precaria situación en que vivía, dijo a su esposo, jovenzuelo pálido y flacucho, de porte distinguido y relativa preparación, en momentos en que éste se disponía a salir de casa:

—Tobías: no vuelvas hasta que no hayas encontrado un empleo. Es una vergüenza que lleves más de un año sin trabajar. Estamos reducidos a la última miseria y, dentro de poco, no tendremos ya quien nos fíe un centavo. Esto es vergonzoso.

Y Tobías, dejando a su mujer con la palabra en la boca, salió de casa dispuesto a aceptar el primer destino que se le ofreciese.

Cansado de golpear tímidamente, centenares de puertas de establecimientos comerciales, en demanda de un empleo, se dirigió a una comisaría seccional, solicitando al comisario una plaza de vigilante.

El comisario le miró de arriba abajo, de derecha a izquierda, por delante y por detrás, mientras Tobías temblaba como si de aquella revista dependiera su porvenir.

Inmediatamente, el comisario ordenó al oficial de guardia que uniformase al postulante, dándole de alta.

Tobías se presentó, luego, nuevamente, ante el comisario, quien lo examinó con detención por segunda vez, gritándole en seguida:

—¡Levántese los pantalones! ¡Parece un gallego mal entrazado!

Le mandó dar media vuelta, citándole para las 9 de la noche.

El improvisado gendarme volvió a su casa vestido de uniforme, llevando bajo un brazo su traje de paisano.

La esposa protestó:

—No tienes—le dijo—un adarme de vergüenza, ni de dignidad, ni de amor propio. ¡Un hombre instruído como tú, poeta, buen escritor, que se vea obligado a refugiarse en el uniforme policial para mantener a su familia!

—Las circunstancias, vieja, las circunstancias — contestó Tobías. — Pero ya saldremos de esta situación. Mientras tanto ya no te faltará qué comer.

La protesta de la esposa se repitió con frecuencia, siendo más enérgica a medida que el tiempo transcurría.

Por la noche, Tobías se fué a cumplir su obligación. Un fornido sargento le ordenó, en la comisaría, que pasase a la cuadra para asistir a la academia que se daba a los agentes. Allí se le enseñó los toques de pito reglamentarios y los procedimientos a seguir en los delitos más comunes.

Los demás agentes y los oficiales comenzaron a mirarle con desdén porque, por su porte y forma de hablar, resultaba, para ellos, un hombre superior.

Un oficial preguntó a Tobías con la imposición de un aristócrata ruso: "¿qué insignifica la palabra delito?" Luego un sargento le interrogó: "¿cuántas clases de contravinciones existen?" y "¿qué quiere decir la inalteración del orden público?"

—¡No saber eso!—dijo cínicamente un vigilante, por los balbuceos de Tobías.

—Y, luego, tanta "parada"—agregó otro en igual tono.

—El reglamento no dice así—murmuró un tercero, adhiriéndose a la mofa.

Y Tobías, que había cursado el bachillerato con buenas clasificaciones, pero que las circunstancias de ser desconocido en aquella ciudad y su apocamiento le habían creado tal situación, al notar la conducta de sus compañeros sudó horriblemente, avergonzándose, a la vez, de tener que reunirse con ellos, todas las noches, en aquel infecto salón.



Al principio todas las ideas parecen impracticables.

La academia terminó recomendándose a los vigilantes el arresto de todos los contraventores, sin complacencia alguna.

Tobías fué incorporado aquella misma noche al primer tercio, que prestaba servicio de 6 de la mañana a 2 de la tarde.

Al otro día, el oficial inspector le designó una "parada" en los suburbios de la ciudad, y el nuevo gendarme entró de inmediato en funciones, conduciendo a la comisaría a cuanto buhonero vendía sin patente o posaba sus canastos sobre las aceras, y a todos los que, extralimitándose, se desayunaban con bebidas alcohólicas en los almacenes de las esquinas pertenecientes a su jurisdicción.

En pocos días llenó de contraventores el calabozo, alentándole, en su tarea, los prestigios que por tal circunstancia se conquistaba entre cabos, sargentos y oficiales.

A la semana siguiente, el tercio de Tobías pasó a prestar servicio en el tercer turno: de 10 de la noche a 6 de la mañana.

Tobías se estaba encariñando del uniforme a pesar de las protestas de su mujer y de la repugnancia que sentía, a ratos, hacia la vida de vigilante. La primera noche en que formó parte del tercer tercio se fué a su "parada", estirándose la chaquetilla, frotando la empuñadura del espadín para que no perdiese el brillo; inclinando ligeramente el casco sobre la izquierda y dirigiendo fogosas miradas a las chicas que encontraba a su paso.

Al aproximarse a su destino, Tobías creyó que había ensartado con su mirada un centenar de corazones.

Los almacenes de las cuatro esquinas tenían una enorme clientela. A las 3 cuadras de distancia se percibían los desacordes y molestos bordoneos de las guitarras y los gritos estentóreos de los borrachos.

El agente se desilusionó en seguida del uniforme; se olvidó de las rubias seductoras y de las morochas ardientes que acababa de ver, y sus piernas comenzaron a temblar nerviosamente.

En nombre de la prudencia, Tobías se quedó en la mitad de la cuadra, indeciso y perplejo, bajo un foco de luz vacilante y débil, que le recordaba, con crueldad, sus tiempos de platónicos amartelamientos y de entusiasmos literarios.

Inconscientemente echó mano a su libreta destinada a anotar contravenciones y se puso a escribir un soneto a aquel barrio apartado y triste, cantando la poesía de las sombras que se divisaban a pequeña distancia de la luz titilante y excesivamente tenue de su alumbrado público, de sus vetustos y agrietados caserones, de las puertas que se cerraban cautelosamente y del silencio profundo que reinaba, interrumpido de vez en cuando por ruidos misteriosos, por el chocar de copas y por los gritos que partían de los despachos de bebidas.

Terminados los cuartetos, en uno de los almacenes se produjo un pugilato alarmante. El dueño del establecimiento requirió el auxilio del agente, y Tobías titubeó. La calidad de los ebrios, la soledad, su apocamiento y su debilidad física, le hicieron desconfiar de su éxito, y tuvo miedo. Quiso correr y no pudo. Oportunamente se le trabó el espadín entre las piernas, perdió el equilibrio y rodó por el suelo, sin saber lo que le pasaba.

Cuando Tobías llegó al almacén, los contendientes habían burlado la acción policial, y aquél sintió un placer inmenso, una alegría indescriptible.

A las 7 de la mañana Tobías se dirigía a su domicilio. En el camino vió que un mercachifle y un auriga discutían con acaloramiento, abofeteándose en seguida.

El representante de la autoridad observó detenidamente a los desordenados y, no obstante su desvelo, en el acto volvió a ser el policía entusiasta y brioso, disponiéndose a castigar el delito. Y sin más trámite intimó a ambos orden de arresto, conduciéndolos a la comisaría.

En ese instante llegó a su oficina el comisario. Tobías le expuso lo ocurrido, y aquél, después de ordenar el traslado de los presos al calabozo, palmeó al agente, diciéndole: "usted llegará a ser cabo, Tobías; llegará a ser cabo".

Tales escenas se reproducían diariamente, y a Tobías llegaron a cansarle tanto como el trato desagradable de los demás vigilantes.

Tobías observaba cuanto ocurría en la comisaría. A los dos meses, contaba con una larga serie de cargos contra los superiores, que usaban, por lo común, abominables procedimientos con los arrestados.

Un día, el peso del uniforme lo doblegó. Y abatido por el aburrimiento, y agobiado por las continuas protestas de su mujer para que abandonase aquella vida, se resolvió a ofrecerse al director de "La Luz", diario opositor, para colaborar en la campaña que hacía, en aquel entonces, contra los abusos policiales.

El periodista aceptó el ofrecimiento y a Tobías le valieron sus artículos un empleo en la redacción del diario.

El agente se vió, luego, en figurillas para pedir su baja. Apocado y tímido, tal operación constituía para él un esfuerzo tan grande como pedir el alta o solicitar otro empleo cualquiera.

A la tarde siguiente, después de una hora de titubeo, penetró en la oficina de su jefe.

—Con permiso, señor,—dijo Tobías cuadrándose ante aquél.

—¿Qué desea?—le preguntó amoscado el comisario.

—Vengo a pedirle que me dé de baja señor.

—¿De baja? ¿Por qué quiere irse tan pronto?

—Es que... es que necesito salir, señor comisario, — contestó, temblando, Tobías.

—No me es posible darle de baja por ahora. Acabo de despachar a cinco agentes, por mal comportamiento, y me falta personal. Usted es buen vigilante, inteligente y sumiso; es un modelo. Usted será cabo, Tobías. No se vaya; usted será cabo.

—Es que necesito... Si no puede ser ahora, le agradecería, señor comisario, que me dé de baja en la semana entrante.

—¿Tiene algún buen empleo en perspectiva?

—Sí, señor. Me han ofrecido el de cronista policial de "La Luz".

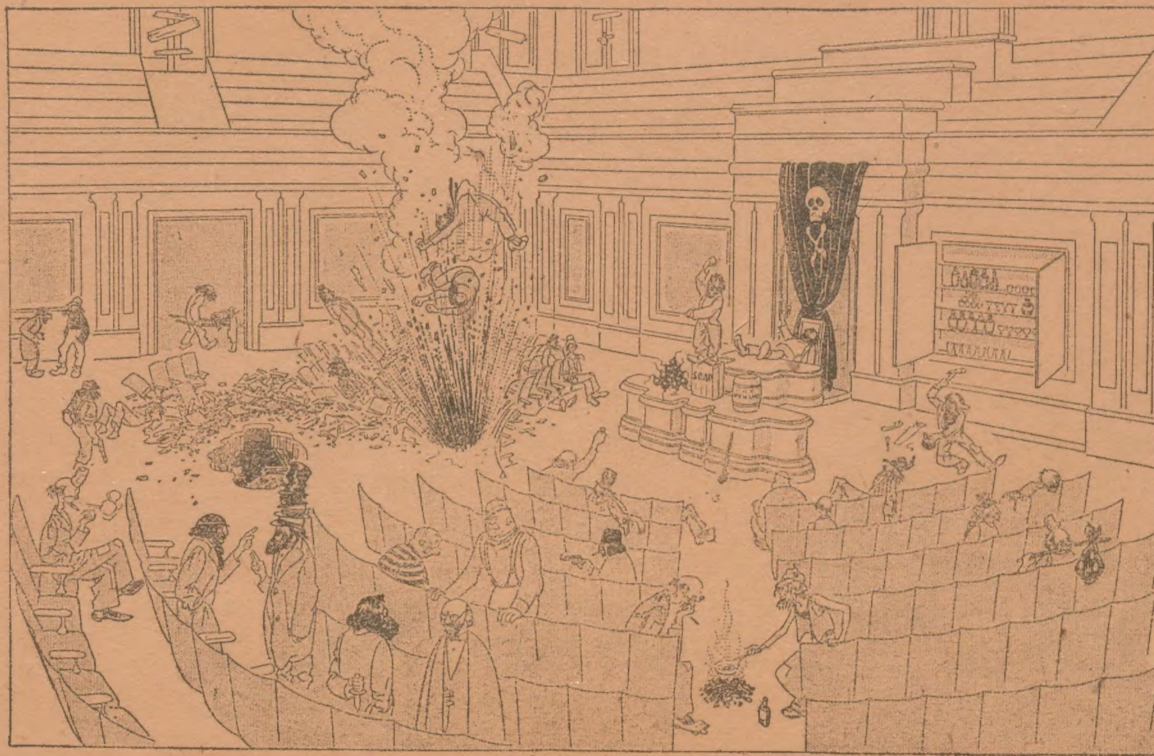
—¿Es usted periodista?

—Algo escribo.

Y, atolondrado, el comisario tocó el timbre que tenía sobre su mesa, diciendo al oficial que entró luego en su oficina: "Tobías es el nuevo cronista policial de "La Luz". Está dado de baja. Recíbale el uniforme, inmediatamente."

El comisario mandó a otro agente a casa de Tobías, para que le llevase a la comisaría el traje de paisano, y, tan pronto como este cambió de indumentaria, el comisario y el oficial le des-

COMO DICEN QUE SERÁ



Durante el discurso de apertura de la asamblea maximalista.

pidieron con profundas inclinaciones y efusivos apretones de manos.

———

La mujer de Tobías está ahora contentísima.

Los vigilantes, cada vez que encuentran a su ex compañero, lo saludan con venias asaz pronunciadas. Y el comisario le busca con frecuencia y le lleva a su oficina, para suministrarle importantes informaciones que le reserva, indisponiéndose por él—según le dice,—con los cronistas de las demás publicaciones.

Tobías corresponde a esa distinción manteniendo con sus ex jefes una cordial armonía.

Eduardo ALONSO CRESPO.

Las brujas

Tan difundida estaba en otros tiempos la creencia en la existencia de brujas y hechiceras malignas, que los anales de la mayor parte de las ciudades europeas refieren monstruosos procesos que acababan trágicamente para algunas infelices, muchas de las cuales, acaso enajenadas por la locura general, confesaban haber celebrado pacto con el diablo. Caso típico de los extravíos de esta superstición es el que refiere en un curioso libro Baltasar Bekker: "Allá por el año 1670, dice, hubo en Suecia, en el pueblo de Mohra, provincia de Elfdalen, una cuestión de hechicería que causó gran sensación. Se envió jueces, y setenta brujas fueron condenadas a muerte; otras muchas fueron detenidas, y quince niños aparecieron mezclados en el sombrío asunto.

Se decía que las brujas acudían por las noches a una encrucijada, y que a la entrada de una caverna evocaban al diablo, diciendo tres veces: —"Ven, Anteser, llévanos a Blokula." Era el lugar encantado donde celebraban ceremonias diabólicas. El demonio Anteser aparecíaseles bajo diversas formas: unas veces con casaca gris, calzas rojas ornadas de rubíes, medias azules, barba roja y sombrero puntiagudo. Las llevaba por los aires a Blokula, ayudado por cierto número de demonios casi todos ellos trocados en cabras; algunas brujas, más arriesgadas, acompañaban al cortejo montadas en mangos de escoba. Las que llevaban niños clavaban un palo en la parte de atrás de su cabra y los chicos iban a horcajadas en él y aferrándose al cuerpo de las brujas sentadas delante. Cuando llegan a Blokula, se les prepara una fiesta; se consagran al diablo, a quien juran servir; se hacen un ligero rasguño en un dedo y con la sangre que les sale firman un pacto con el diablo. Se les bautiza en seguida en el nombre del diablo, quien les da raspaduras de campanas, que arrojan al agua, diciendo: —"Como estas raspaduras no volverán jamás a las campanas de donde salieron, no vuelva jamás mi alma al cielo". La seducción mayor que el diablo emplea es la de la mesa; regala a sus brujas con un festín, después del cual juegan o luchan; si el diablo está de buen humor apalea a los presentes con una vara y ríe a mandíbula batiente. Otras veces les toca el arpa. (Se trata, al parecer, de un pobre diablo, bastante bonachón).

"Por las declaraciones que el tribunal obtuvo, se supo que las brujas tienen por hijos, sapos y serpientes." Estas y otras confesiones, de detalles en su mayor parte ridículos, motivaron, según afirma el autor citado, la condena a la hoguera de decenas de agentes del demonio, "sin que por eso, agrega, quedasen menos en el mundo".

Banderas extravagantes en los campos de batalla

En uno de los encarnizados combates sostenidos por los franceses en su intento de penetración en las regiones del lago Chad, se observó que los indígenas defendían con tenaz empeño un extraño estandarte de colores chillones y de aspecto un tanto familiar.

Capturado al fin el estandarte por los franceses vencedores, advirtióse con sorpresa, y entre gran algazara, que el pabellón tan rabiosamente defendido no era otra cosa que un vulgar abrigo femenino de lana de aquellos que llamaban "chales" antiguamente, y que hoy son importados en Africa por los comerciantes franceses e ingleses.

Según relato de uno de los indígenas prisioneros, el "chal" había pertenecido a su reina, y después de ser bendecido a su modo por el mago curandero de la tribu, transformado en pabellón de guerra y fetiche, todo en una pieza.

En esto de las banderas, estandartes y emblemas belicosos, ofrece la historia casos curiosísimos.

Durante la guerra de la Independencia española hubo una guerrilla famosa en el Alto Aragón que llevaba por estandarte una larga pértiga, sobre la cual aparecían una cruz, el morrión de un granadero francés y un sable.

Al estallar la sangrienta contienda entre Suecia y Dinamarca, a fines del siglo XIV, y en la que midieron sus armas los ejércitos del rey Alberto y de la reina Margarita de Waldemar, se ordenó a los guerreros daneses que sustituyesen todas sus banderas y guiones por un singular estandarte que debía avanzar a vanguardia. Consistía dicha enseña en una camisa de la soberana, prenda de finísima holanda y adornada con admirables encajes. A la sombra de la originalísima bandera ganó el ejército dinamarqués numerosos combates, acabando por derrotar al enemigo completamente en la mortífera batalla de Falköping.

Como supondrá el lector, al entregar la reina Margarita a sus soldados prenda tan íntima, hízolo por estimular su ardor belicoso, recordándoles en todos los momentos el indomable valor de su reina.

Los rebeldes flamencos, al alzarse contra la dominación española en los Países Bajos, tenían por estandarte un gabán de cuero lleno de remiendos, del que pendían un zurrón y una escudilla. No contentos con ostentar este símbolo de pobreza, vestían los insurrectos del modo más astroso posible, dándose el nombre de "pordioseros".

Cuando en 1813 declararon la guerra los alemanes a Napoleón I, abandonaron muchos regimientos sus banderas propias, marcharon a campaña con unos estandartes de lienzo blanco, en los que bajo el retrato de un hombre figuraban estas palabras: "¡Palm, el librero!..."

Querían recordar con ello los alemanes a su formidable adversario, el injusto fusilamiento del librero de Nuremberg, Felipe Palm, sentenciado a muerte por vender folletos contra Bonaparte. A decir verdad, fué aquél, y así lo reconocen hasta los mismos historiadores franceses, un asesinato inútil, que suscitó, al ser conocido, la indignación de toda Europa. Dos años después, al tener efecto la batalla de Waterlóo, se debió parte principalísima de la victoria a la que ya se conocía en el ejército aliado con el nombre de "Brigada de los Libreros", compuesta en su mayoría de hijos de Nuremberg.

Cerca de Budapest existe una pradera llamada "el Campo de la Paloma Roja". Allí fué ahorcado en 1794 el revolucionario Martinovic, quien intentó establecer en Hungría la República, organizada sobre las mismas bases que en Francia.

El guión de los revolucionarios húngaros consistía en un largo varal, en cuyo extremo iba sujeta una paloma blanca disecada. Al adquirir aquel movimiento el carácter sanguinario que lo distinguió, fué teñida de rojo la antes nívea paloma, significando así los partidarios de Martinovic su propósito de no dar ni admitir cuartel.

En las espantosas luchas de la "Vendée", o sea de los realistas del Oeste de Francia contra los republicanos de 1793, conducían aquéllos al principio un pendón de guerra complicadísimo y extravagante. Consistía en un tronco de árbol, de cuyas ramas colgaban coronas nobiliarias, cintas azules, tiaras, un sombrero de cardenal, títulos de nobleza, escudos, cotas y otras cosas por el estilo, coronadas por un zueco, expresando el heterogéneo conjunto de objetos las ideas por que combatían los vendeanos.

Los conquistadores sajones usaban a guisa de guión una lanza con un caballo blanco en su extremo superior, y olvidado de puro sabido es que los legionarios romanos llevaban con el mismo objeto un águila de bronce sobre una pica.

Pero de todas las banderas de combate, ninguna más curiosa que la improvisada por el batallón marsellés en el ataque de las Tullerías el 10 de agosto de 1792. Consistía aquélla en un par de pantalones de seda negra, extendidos sobre una especie de horca de madera, con este lema bordado en blanco: "Sin pantalones, pero libres. ¡Temblad, tiranos, porque aquí están los "sansculottes!" Remataba el terrorífico emblema el corazón recién arrancado de un novillo, sobre el cual se leía en letras de a cuarta: "¡He aquí el corazón de un aristócrata!"

En torno de tan grotesco estandarte se libró la primera y más terrible lucha de la revolución francesa.

El testamento del general Nogi

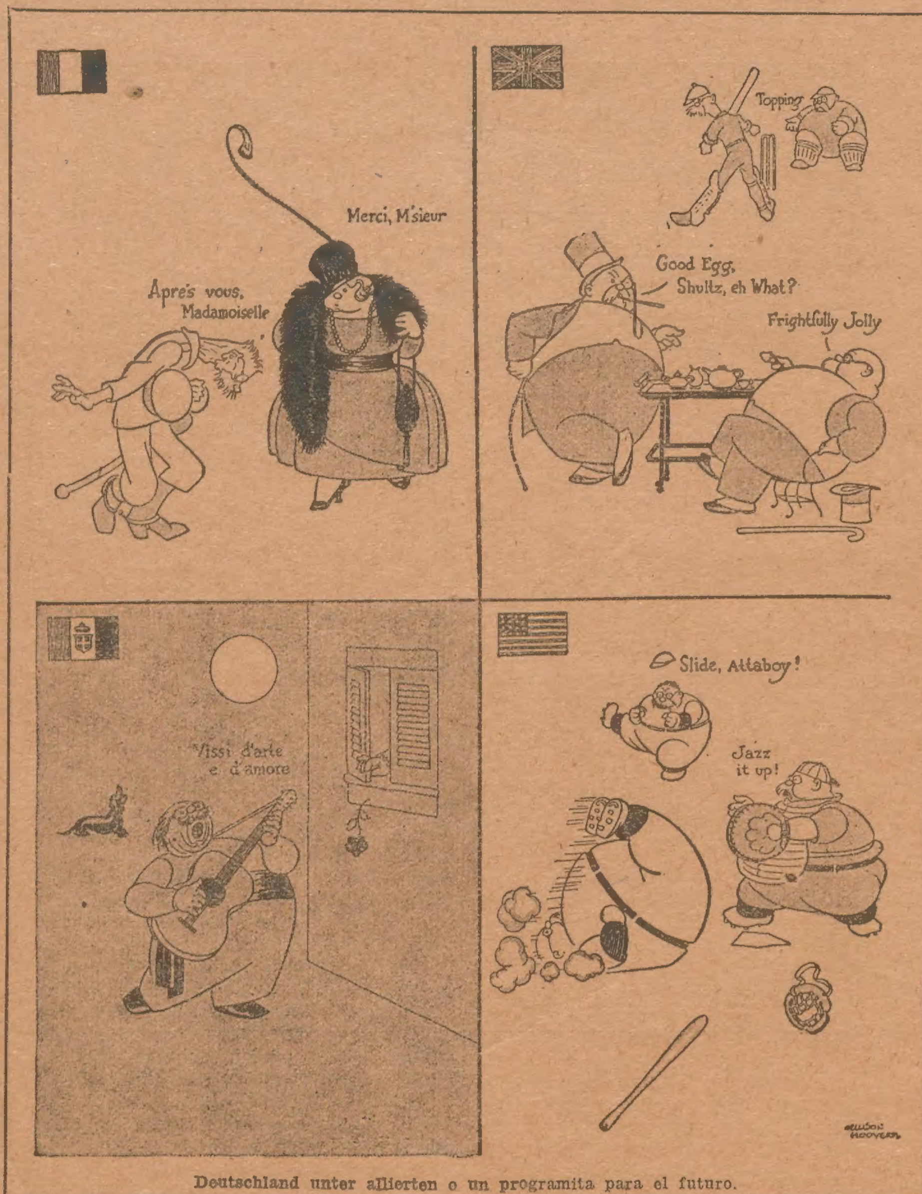
Está escrito la víspera del suicidio, y después de retratarse los esposos Nogi.

El testamento comienza así:

"Me mato para seguirle; pienso en la culpabilidad del acto; la falta que cometo no es ligera (1), pero yo soy responsable de la pérdida de la bandera de mi regimiento en la campaña de Muji (1877). He buscado muchas veces la ocasión de morir, sin encontrar la muerte, y, a pesar de todo, he vivido gozando de favores imperiales que yo no merecía (2). Estoy viejo y débil; los días que me quedan por vivir no pueden ser útiles a mi patria; pensando en esto ha llegado la desgracia, de la que no sé decir sino que me ha acabado espiritualmente, por su horror, determinándome a ejecutar mis antiguos propósitos.

Desde la gloriosa muerte de mis dos hijos, mi familia y amigos han intentado varias veces persuadirme de que debía adoptar a alguien que perpetuara mi nombre. Esta es una costumbre cuyos defectos han sido origen de discusión desde hace mucho tiempo, y los ejemplos desgraciados no son poco numerosos. En particular los nobles que han recibido favores del emperador no deben jamás mezclar extraños al nombre de familia; ya los parientes de la misma sangre cuidarán de las tumbas de los que nos dejaron hijos. Mi deseo es que la residencia de Shinsaka sea entregada à la guarnición de Tokío; los regalos del emperador que llevan grabadas las armas imperiales les serán donados a la Escuela Militar; los papeles que legó mi padre, mi abuelo y el padre de éste que forman la historia de la familia Nogi, se le entregarán a la famiia Sakaki, después de destruir los que no sean importantes. Los objetos que tengo expuestos en depósito en el museo de guerra pasarán a la propiedad de esta institución; ese será el mejor medio de conservar la memoria de a casa de los Nogi.

Mi esposa Shisuko, ya anciana, dice, y con razón, que en caso de enfermedad se sentiría muy aislada en mi casa de Iskibayaski, que es lugar desprovisto de recursos; esta casa será dada a mi hermano Shusaku, y que mi esposa quede a vivir en mi residencia de Nakano, que pasa a sus propiedades. Dejo instrucciones al barón Yshiguro para que mi cuerpo sea entregado a una escuela de medicina, excepto mis dientes, mis cabellos y mis uñas, que se colocarán en mi tumba si mi esposa consiente en ello. El reloj de oro, en el que grabé la inscripción de un regalo del emperador, pasará a mi sobrino Masayuki Tamaki. Nadie que no esté vestido con uniforme militar podrá tocarlo nunca..."



Deutschland unter allierten o un programita para el futuro.

---

(1) Un edicto del último emperador había prohibido, en efecto, el "harakiri".

(2) En este párrafo el testador hace alusión a un acontecimiento desgraciado hecho que turbó toda su vida con una fascinadora obsesión. Durante la guerra civil de 1877, Nogi, entonces teniente coronel, tomó el mando de un regimiento por muerte del coronel; en la batalla de Dumamoto el regimiento dejó en poder del enemigo su bandera; Nogi quiso suicidarse entonces, a pesar de los consuelos de todos los testigos del combate que habían presenciado la bravura indomable del teniente coronel; fué preciso que el emperador mismo, le prohibiese quitarse la vida que todavía "quedaba a su disposición" (eran las palabras del monarca).



TIEMPO APROVECHADO



La dama.—¿Y en eso pasan el domingo?
El ganador.—¿El domingo? No, señora: se la dí en cuatro minutos nada más.

Pero como todos tenían un superior encima, y nadie deseaba quedarse de subalterno, quisieron ascender sin cesar, siempre en nombre de la igualdad.

De tal manera que estalló una horrible guerra civil, en la cual se mataron sin piedad, de un extremo a otro del imperio. Los vencedores se disputaban entre ellos los vencidos, y la desigualdad aparecía siempre de nuevo sin cesar.

Un pobre esclavo que jamás salió de su posición, sin envidiar la de los otros, habló así a los sultanes destronados, a los bajás despojados, a los visires sin mando, a los comandantes sin batallón, a los jinetes desmontados y a los infantes si armas:

Cada uno de vosotros se creía más feliz que yo; ahora soy más dichoso que todos vosotros. ¿Queréis saber por qué? Porque hay un profeta más grande que vuestro profeta, que ha dicho en su libro lo siguiente:

"El cedro protege la cabeza del hisopo, y el hisopo nutre a la raíz del "cedro. Los dos tienen una igual necesidad el uno del otro y ahí está "la verdadera igualdad. Siempre habrá pobres, porque la dicha del hom- "bre no está en este mundo. Bienaventurados los que lloran aquí abajo, "ellos serán consolados allá arriba. Desgraciados de aquellos que toman "en lugar de dar a los demás, pues es más fácil a un camello el pasar por "el ojo de una aguja, que a un mal rico entrar en el reino de los cie- "los."

Y este profeta es mi Dios, añadió el esclavo haciendo la señal de la cruz.

Los hombres iguales

(Cuento oriental)

Un día dijo el Bajá al Sultán: Todos los hombres son iguales según el profeta. ¿Por qué tienes tú, pues, un trono, cuando yo no tengo más que un diván; un imperio, cuando yo sólo poseo una provincia?

Puede ser que tengas razón, repuso el Sultán; mañana tendrás mi trono y mi imperio si puedes conseguir, en efecto, que todos los hombres sean iguales.

El Bajá se salió encantado, e hizo proclamar en seguida la igualdad de todos los hijos de Mahoma. Pero en su puerta encontró ya al Visir, que le dijo: ¿Por qué tienes tú, pues, una provincia, mientras que yo no tengo más que una ciudad; un turbante de piedras preciosas, cuando el mío no es sino de oro?

Mañana, repuso el Bajá, tendrás mi provincia y mis diamantes.

Y el Visir estaba gozoso, cuando un capitán le dijo: ¿Por qué tienes tú un ejército, cuando yo sólo mando un batallón; por qué vas cubierto de oro, mientras que yo no llevo más que seda?

Mañana, tendrás mi ejército y mi turbante de oro.

Pero un teniente dijo a su capitán—en nombre de la igualdad debe dárseme tu compañía y tus insignias.

El soldado de a caballo dijo al teniente. Yo quiero tu rango y tu sueldo.

Y el infante al de a caballo.—Dame tu caballo y tu sable, y coge mi fusil, que es demasiado pesado.

Y todos respondieron como siempre—mañana lo tendrás, pues cada uno se había igualado con su superior.

OPINIONES



—Diga, señor, ¿no es una linda bajadita?

PUCHITOS

Un empleado especialista en contar monedas del Departamento del Tesoro de los Estados Unidos, alcanzó últimamente el record de contar 4.000 monedas de plata, de un dólar cada una, en una hora, o sea 32.000 en un día. Esto da una idea de la cantidad fabulosa de monedas que representa mil millones de dólares, pues un hombre tendría que tardar, para contarlas, exactamente 100 años, siempre que contara 32.000 por día y no descansara ni un solo día.

En 1564 hubo una peste que ocasionó numerosas víctimas en las cercanías del Rin. Algunos habitantes de Basilea atacados por la peste—cuenta un cronista de la época—horas antes de morir llamaban por sus nombres a determinados parientes, amigos o vecinos. Y esto se tuvo por maravilloso presagio, pues las personas nombradas por los agonizantes pronto caían enfermos y morían; pero, como los anteriores, durante el delirio que precedía a la muerte, llamaban a otras personas que, a su vez, enfermaban y morían, formándose una siniestra cadena.

Alguien ha observado que el armisticio se hizo efectivo a las once del día once del undécimo mes del año, y que el versículo número once del capítulo número once del libro número once de la Biblia, dice así refiriéndose a un monarca: "... porque no has observado el pacto y los estatutos como te ordené, te despojaré del reino y lo daré a tu siervo".

En otras épocas era costumbre que los recién casados bebiesen durante los treinta días que seguían al matrimonio una bebida hecha con miel: el hidromiel. Este período fué llamado "el mes de miel". La palabra "mes" cambióse, con el tiempo, por la de "luna" que designa un tiempo aproximado y quedó la expresión "luna de miel".

En Tokío (Japón) se considera de buena suerte a dos números del teléfono, el 8 y el 357, este último en razón de que los niños son presentados ante los altares al cumplir los años tercero, quinto y séptimo. Y tanto se cree en las virtudes de mascota de esos números que se alquilan los aparatos que los poseen por sumas que llegan hasta 490 pesos oro al año.

De cuantas estatuas se han erigido a héroes o guerreros famosos, representándolos montados a caballo, la más grande es, sin duda alguna, la del duque de Wellington en el campo de maniobras de Aldershot, en Inglaterra. Para tener idea de sus dimensiones, baste saber que la cabeza del caballo tiene dos metros de longitud, y que en cierta ocasión ocho personas comieron dentro de la grupa del gigantesco cuadrúpedo.

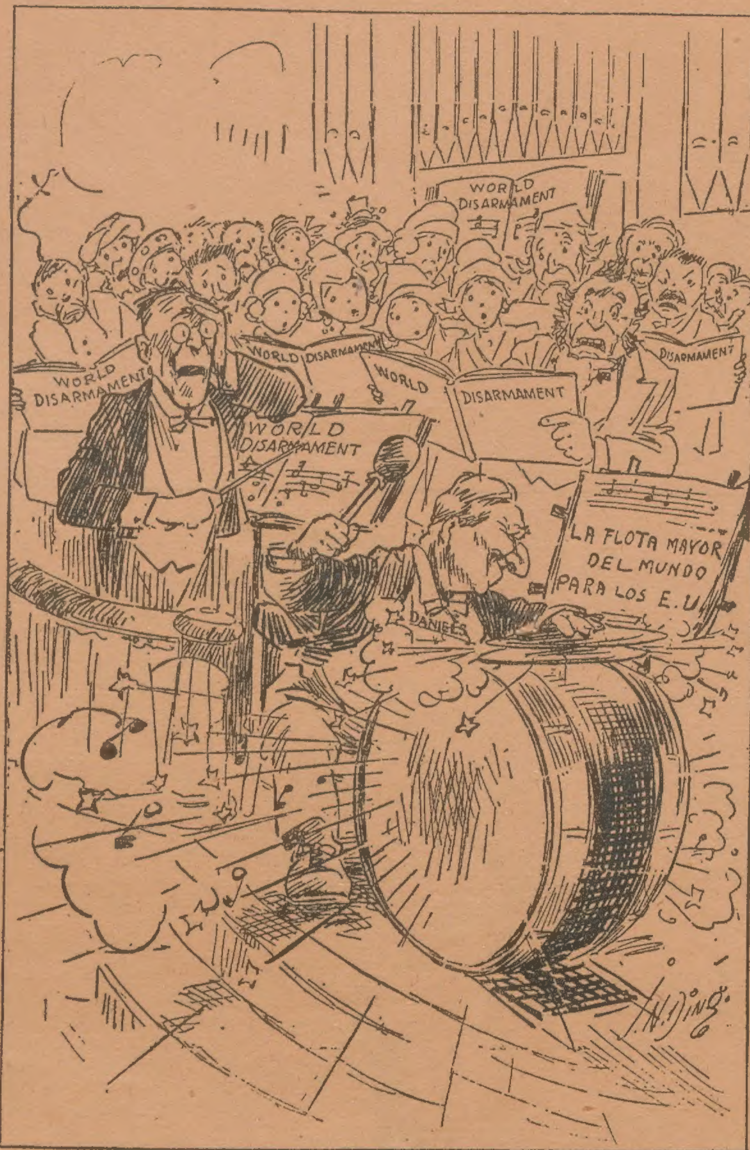
La estatua es de bronce, y obra del escultor Mateo Wyatt, que la terminó en 1846. En cuanto a su mérito artístico, es bastante poco, y ha dado origen a frecuentes manifestaciones de protesta entre los habitantes de la metrópoli.

Aunque es muy raro que dos escuadras enemigas tengan que combatir de noche, los cañones de los buques suelen ir provistos de pequeñas lámparas eléctricas junto a la línea de mira, que permite hacer la puntería en medio de las tinieblas. Pero esto no bastaba; era necesario ver de noche lo mismo que de día el punto donde iba a caer el proyectil, para rectificar el tiro, y ya se ha conseguido, gracias a un inventor norteamericano, a quien se le ocurrió hacer un hueco en la parte posterior de ciertos proyectiles, en el cual se pone pólvora de la que se usa para hacer cohetes.

La carga va dispuesta de modo que se inflama en el momento de salir el proyectil del cañón y va dejando una estela muy luminosa en su trayectoria, que permite darse cuenta del punto donde cae.

Con dicho sistema, se tienen durante la noche, parte de las facilidades de que el artillero dispone de día para afinar el tiro.

MÚSICA INTERNACIONAL



El ministro de marina de los Estados Unidos y su programa de creación de una gran flota interrumpe el concierto de las naciones por el desarme mundial, con grave escándalo del director de orquesta.

(De "New York Tribune".)

La marina yanqui fué la primera en adoptar el sistema, y según declaran los oficiales da resultados muy satisfactorios.

Existe en California una planta denominada "yerba zumbadora", que tiene la curiosa propiedad de producir la locura a los animales que la comen.

Lo particular del caso es que, si se trata de caballos, por ejemplo, la locura no les hace perder sus condiciones de domesticidad. Conocen perfectamente al amo, y se dejan montar y guiar cual si estuvieran en estado normal. En cambio, y aquí reside el mal, pierden el instinto del peligro hasta el extremo de caerse en los precipicios o de dejarse arrebatar por la corriente de los ríos.

Es costumbre de los países escandinavos, especialmente en Suecia, el que, en vísperas de boda, regale la novia a su prometido, para corresponder a los obsequios de éste, una camisa ricamente bordada. Esta prenda sólo la usa el agasajado el día del casamiento. Pasada dicha circunstancia, va a parar la camisa al fondo de un arcón, de donde ya no vuelve a salir sino para servir de mortaja al marido, si tiene la mala ocurrencia de morirse. El vestir al cadáver con esa prenda obedece a una creencia muy arraigada en el país, según la cual, si el esposo guardó a su costilla absoluta fidelidad, resucitará de los primeros al llegar el día del Juicio, yendo a reunirse con su mujer. Pero, si por el contrario, faltó a sus juramentos, le tocará resucitar de los últimos, y no volverá a disfrutar de la compañía de su cara mitad.

El viudo sueco que contrae nuevo enlace debe quemar la camisa nupcial regalada por su primera mujer, antes de admitir la que le entrega la segunda.

En la misteriosa región del Tibet se encuentran cuevas de escasas dimensiones abiertas en las rocas y con la boca cerrada con piedras y mortero, dentro de las cuales viven algunos individuos que quieren ganar el cielo.

Las puertas de estas celdas están cerradas con grandes candados, y tienen un agujero por donde se les da la comida a sus habitantes. Estos son monjes tibetanos que hacen voto de enterrarse en vida para hacer méritos.

Todo el que se decide a encerrarse en una de dichas cuevas no vuelve a ver el rostro de ningún ser humano, a no ser que caiga gravemente enfermo y los encargados de cuidarle abran la puerta de la celda para prestarle los últimos auxilios de la religión; mas, por lo general, sus compasivos compañeros se enteran del fallecimiento cuando transcurren varios días sin que al introducir los alimentos por el agujero de la puerta la momia viviente tienda la mano para recogerlos.

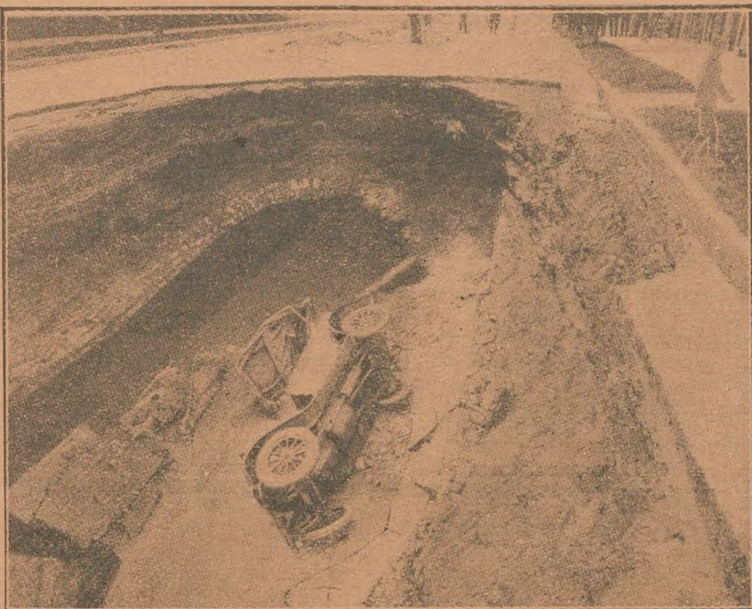
Esto es, por lo menos, lo que refieren algunos viajeros; y aunque otros, más escépticos, aseguran que durante la noche los penitentes gozan de libertad, la cosa no es imposible. Sabido es que en la Bastilla hubo quien soportó muchos años de encierro parecido, aunque no voluntario.

El monarca inglés, conocido por el nombre de Juan "Sin Tierra", ofreció su reino a Miramamolín, al que se daba el título de "rey de Africa y Marruecos" a condición de prestar ayuda al rey europeo contra sus súbditos rebeldes.

Por si esto era poco, prometió Juan "Sin Tierra" al rey africano que si conseguía acabar con la rebelión renunciaría a la religión cristiana y abrazaría la de Mahoma, reconociendo como rey suyo al propio Miramamolín y trasmitiéndole su trono, dominios y dignidades.

Los condes Thomas Hardington y Ralph Filtz Nichols, fueron con esta embajada al rey de Marruecos; pero sus proposiciones no fueron aceptadas. Sin duda, el potentado africano tuvo suficiente astucia para comprender que le tenía más cuenta enviar sus buques a Europa, a robar a los cristianos, que inmiscuirse en las disensiones intestinas que tuvieron revuelta a Inglaterra, aun después de haber firmado su rey la famosa "Carta Magna".

Un curioso accidente callejero



Sin duda, a causa de fuertes y prolongadas lluvias, hundióse de pronto un trecho del pavimento de una de las más importantes calles de Filadelfia. Un automóvil, que se acababa de detener en el lugar del accidente, cayó en la enorme boca, arrastrado por los escombros; felizmente, su ocupante lo había dejado tres o cuatro segundos antes. La causa inmediata del desmoronamiento fué la rotura, en gran extensión, de un conducto de mampostería, debido a la presión de las excesivas aguas pluviales que corrían por él. Quedó un foso de treinta pies de profundidad. Lo más curioso es que, a consecuencia de nuevas lluvias violentas, una formidable afluencia de agua arrastró velozmente al automóvil caído en el fondo del foso y el coche desapareció por completo, llevado quién sabe a dónde, pues ni en el interior del conducto ni en su desembocadura se halló huellas de él.

EN EL FRENTE DE MURMANIA

—De modo—exclamó sollozando Ilma Vladoffovichtskioffsky—que Ivan murió en el campo de batalla, ¿y dice usted que murió pronunciando mi nombre?

—Una parte solamente—repuso el soldado que traía la noticia;—la vida no le alcanzó para llegar hasta el final.

EL HOMBRE SIGUIÓ

La compañía efectuaba ejercicios a orillas de un bosque. El capitán dió la la orden: "Tomen distancia". Cuando la compañía volvió a agruparse, faltaba uno de los soldados. Nada se supo de él durante dos semanas, al cabo de las cuales el capitán recibió la siguiente carta:

"Estimado capitán: Usted dió la orden de tomar distancia y hasta ahora no le he oído decir: "¡Alto!". Su seguro servidor, Melitón Burguete."

ENTRE VECINOS

No eran, propiamente hablando, los vecinos más amigos, pero rivalizaban en cortesía. Un día uno de ellos recibió la siguiente esquelita del otro:

"Milánez presenta al señor Pérez el testimonio de su más profunda estimación y le ruega quiera tener la bondad de pegar un tiro a su perro, que no le deja dormir hasta altas horas de la noche."

La contestación que recibió fué esta:

"Pérez presenta al señor Milánez la expresión de su consideración más distinguida, y se permite informarle que no tendrá inconveniente de dar un tiro a su perro cuando el señor Milánez tenga la gentileza de envenenar a su hija y quemarle el piano."

LO QUE NO ESPERABA

En cierta iglesia protestante existe la costumbre de que el ministro bese a la recién casada después de la ceremonia. Un joven que debía casarse no estaba muy de acuerdo con la costumbre y pidió a su futuro marido que informara al pastor que deseaba suprimir esa parte de la ceremonia.

—¿Qué te contestó el ministro cuando le dijiste que no quería que me besara?—preguntó la joven a su futuro marido una vez que éste regresó de cumplir sus instrucciones.

—¿Qué me dijo?—que en ese caso me cobraría la mitad.

UN PORTENTO

Una maestra, al referir a sus chicos la historia del descubrimiento de América por Colón, terminó diciendo:

—Y todo esto sucedió hace más de cuatrocientos años.

Y uno de los chicos, asombrado, exclamó después de pensar un momento:

—¡"Aydié"! ¡qué buena memoria que tiene!

LA CAUSA

Un soldado que presentaba una ligera fractura en el cráneo, era examinado por el médico del regimiento. El doctor palpaba con la mano el lugar de la lesión, y entretanto hacía al soldado numerosas preguntas. Por último preguntó:

—¿Es usted casado?

—No, señor—contestó el otro;—fué una mula que me dió una patada.

¿QUE MÁS QUERÍAN?

En la compañía del gran actor D. José Valero, había un actor, un pobre racionista que tenía poquita voz... "pero" desagradable.

Ensayando un día D. José, el racionista del cuento que, además de tener mala y poca voz, estaba constipado, salió a decir que la sopa estaba en la mesa, o cosa por el estilo. Al oirle, exclamó Valero:

—¡Caramba! ¿Qué voz es esa?

—Una voz de dos pesos—contestó tranquilamente el racionista.

LA FUERZA DE LA COSTUMBRE

Carlos Hawtrey, el famoso cómico inglés, publica en sus "Recuerdos" una anécdota muy curiosa.

"Yendo de viaje—dice el autor—fuí a parar a un pueblecillo pequeño, donde se me ocurrió afeitarme, y como no llevase navajas en la maleta, pregunté por el barbero de la localidad. Diéronme las señas de un individuo que, según me dijeron, solía afeitar a las personas, y aun corriendo el riesgo de que me hiciera unos cuantos tajos en la cara, fuí a verle y le expliqué el objeto de mi visita. El hombre se quedó suspenso un instante y acabó por decirme:

—Haga usted el favor de echarse en el suelo boca arriba.

Yo creí que acaso fuera costumbre en el país afeitarse tumbado, y sin replicar hice lo que me decía. El estrafalario barbero me afeitó a las mil maravillas y cuando al levantarme le entregué algunas monedas en pago de su trabajo, no pude por menos de preguntarle:

—Tengo curiosidad de saber por qué me ha mandado usted echarme para afeitarme.

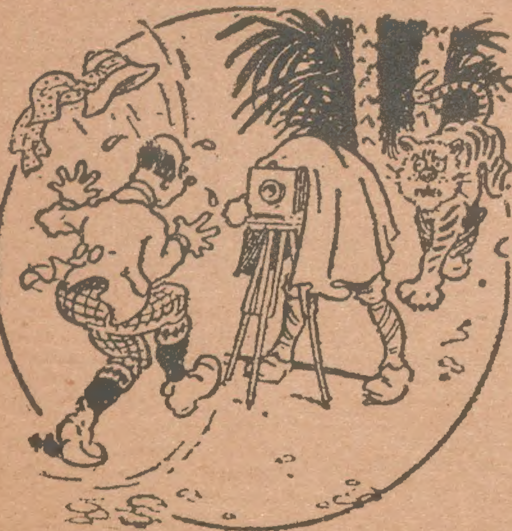
—Pues sencillamente—me repuso—porque nunca he afeitado a personas vivas. Yo solo afeito a los muertos."

SPORTS



Un interesante match de box en el centro de Africa, interrumpido por razones locales.

LA FOTOGRAFÍA EN LA SELVA TROPICAL



El fotógrafo.—Haga el servicio; no se mueva y ponga una cara satisfecha.

La estatua de un general desconocido

(Del libro "Glosario de la farsa urbana", recientemente aparecido).

Estamos ante la estatua de un general desconocido. Uno de tantos, de esos tantos generales que mandaron alguna vez cierto pequeño ejército en cierta pequeña guerra civil, para quedar desde entonces célebres, pero desconocidos. Nuestra ciudad está llena de bronces y mármoles consagrados a estos raros generales ignorados. Va tranquilo el paseante recorriendo uno y otro camino de una plaza. De pronto descubre, medio oculta en el arbolado—al acecho acaso de la Historia—la estatua de un general desconocido. Tiene muchos entorchados, enormes botas y enorme espada (es, a no dudarlo, un general) y abajo, alegóricamente, hay coronas de laureles y una mujer semidesnuda que se las ofrece. El buen general que está arriba no comprenderá bien cómo esto es la gloria; sin embargo, es evidente que cualquier cosa ofrecida por una mujer en semejante vestimenta es la gloria misma o algo que le anda muy cerca.

Yo estoy ahora frente a uno de estos tantos generales desconocidos. No sé quién ha sido. Tampoco sé qué es lo que ha hecho, ni como hombre, ni como militar, ni como político. Acaso, ni militar ni político en el fondo, ha sido pura y simplemente un buen hombre. La Historia, sin embargo, no sabe nada de los buenos hombres. Los buenos hombres viven, por razón de su grandeza, más allá de toda Historia. Esta es, pues—y nada más—la estatua de un guerrero. ¿Cabría acaso en una estatua la gloria de un buen hombre?

Yo sé cómo se ha alzado esta estatua en esta plaza. Algún señor desocupado, nacido y hecho para presidir comisiones de homenaje, ha descubierto un buen día el nombre de este pobre general tan ingratamente olvidado. El señor desocupado ha resuelto entonces ocuparse en reparar la injusticia. Ha organizado una Comisión de Homenaje, ha publicado manifiestos—claro está que con su firma al pie—y ha recogido de mil indiferentes los recursos necesarios. Luego, ha encargado el monumento y lo ha inaugurado. A nadie ha parecido mal el homenaje—la gloria se prodiga sin mayores gastos—y los mismos diarios, tan bravos para tratar con los vivos, han dejado en paz a este pobre muerto metido tan a empujones en la Gloria. Entretanto, el señor desocupado, que ha publicado en elegante folleto su discurso inaugural, empieza a buscar en el otro mundo un nuevo candidato y sueña ya con otro homenaje, otra comisión, otra estatua, otro discurso y otro folleto.

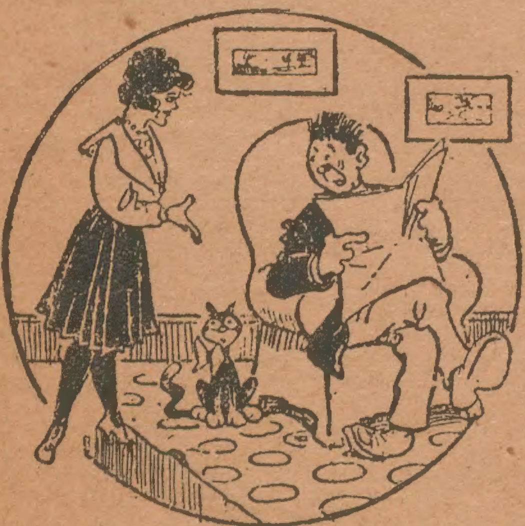
Yo no creo que los muertos, por ser muertos, sean menos accesibles que los vivos al ridículo del mundo y merezcan menos que éstos la crítica severa de los hombres. Menos aún cuando se vuelven del pasado para vivir entre los vivos encima de un pedestal inmerecido. ¿Por qué, pues, no ser incrédulos e irrespetuosos con esta serie de próceres insulsos—guerreros y políticos—que se levantan en bronce por todos los lados de nuestra ciudad? ¿Qué has hecho tú, coronel Gómez, y tú, ministro Pérez, para dejarte admirar tan orondo arriba de tu pedestal? Nadie nos contesta... Es que la fama de Gómez y de Pérez es una pequeña fama de Diccionario Enciclopédico. Nadie ha contestado, ni siquiera el señor desocupado, a quien ahora ocupa y preocupa una nueva, apremiante inauguración.

Yo quiero presidir a mi vez un homenaje y llegar a inaugurar bajo el sol de una tarde cordial una estatua que en su base diga:

"Esta es la estatua de N. N., hombre sin méritos. No fué general, ni presidente, ni ministro, ni siquiera diputado. No fué nada en vida y aun después de muerto, sigue siendo nada. Los diarios jamás se ocuparon de él. No dijo discursos ni enseñó nada. No escribió ni un libro, ni siquiera un drama. Pasó por la vida sin llamar la atención y, sincero consigo mismo, cumplió sin molestar a nadie su estúpido destino de mortal. El mundo agradecido y asombrado le levanta esta estatua."

Roberto GACHE.

LAS EXCUSAS DE LAS MUJERES



—¿Cosiste el botón que falta en mi saco?
—No querido; no pude encontrar el botón, y entonces cosí el ojal para que no te entre frío.

El médico de Cucuñán

(Cuento provenzal)

Era un médico que sabía mucho, porque había estudiado más; y, sin embargo, en Cucuñán, donde estaba establecido desde hacía dos años, nadie tenía confianza en él. ¿Qué queréis? Como siempre lo encontraban con un libro en la mano, decíanse los cucuñanenses:

—Nuestro médico no sabe nada de nada: se pasa la vida leyendo. Si estudia es para aprender. Si tiene necesidad de aprender es porque no sabe, y si no sabe es un ignorante.

No había quien les hiciera cambiar de opinión... y por consiguiente... no le tenían confianza.

Un médico sin enfermos es un candil sin aceite. No obstante, es preciso ganarse la vida, y nuestro pobre infeliz no ganaba ni para el agua que bebía.

Y ya era tiempo por cierto de que aquello cambiara.

Un día, pues, con objeto de que aquello concluyera, hizo el médico desparramar la noticia por todo Cucuñán de que su ciencia era tanta, tan poderosa y tan soberana, que era capaz no sólo de curar un enfermo, que no es más que un juego de niños, sino también de resucitar un muerto—¡lo que se puede llamar un gran milagro de Dios!

—Sí, sí, un muerto, decía, muerto y enterrado... Y lo resucitaré cuando quieran, a la luz del día, en pleno cementerio, y a la vista de todos.

¡Ah! fueron muy pocos los que le creyeron.

Sin embargo, los incrédulos se decían:

—¿Qué arriesgamos con ponerlo a la prueba? Es preciso verlo en la obra: por la obra se aquilata el obrero. Tal vez lo haga, ¡como que es un hombre que ha leído tanto! ¡y se hacen tan lindos descubrimientos en el día de hoy! ¡Bah! si le resulta el milagro le aplaudiremos; si fracasa le pifiaremos. ¡Que resucite uno, y veremos entonces si ha mamado buena leche o no!

¡Pues nada! quedó convenido que el siguiente domingo, a mediodía en punto, el señor médico en pleno cementerio de Cucuñán resucitaría un muerto, o dos si era necesario, y hasta hubo comadres que dijeron que resucitaría ocho o nueve.

Así, pues, mucho antes de la hora dicha se llenó aquel domingo el cementerio de Cucuñán, como la iglesia para la misa del santo día de Pascua.

No había sonado aún el segundo campanazo del mediodía, cuando el señor médico, fiel a su promesa, llegó todo vestido de negro. Fatiga le costó, y buenos codazos tuvo que dar para abrirse paso hasta la cruz y subir sobre el pedestal.

Saludó, salivó, se sonó la nariz y dijo:

—Amigos míos, os he prometido resucitar un muerto, y cumpliré mi palabra, os lo afirmo. ¡Bueno, bueno, silencio! Y puedo aseguraros que lo mismo me da volver a la vida a Jaime o a Juan, a Nanó o a Isabel, que a Claudio o a Simóa. ¿Queréis que resucite a Simón? ¿Cómo se llamaba? ¿A Simón Cabanier... que murió de una terrible pleuresía pronto hará un año?

—Discúlpe usted señor médico—díjole Catalina, viuda del pobre Simón. —¡Era por cierto un excelente hombre! Fuí muy feliz con él, y lo lloraré mientras me queden ojos en la cara. ¡Pero no le resucite usted! porque vea usted, a fin de este mes me quitaré el luto, porque mis padres quieren que contraiga segundas nupcias con Pascual el alto. De hoy en ocho días proclaman las amonestaciones—una, primera y última—y ya he recibido los regalos.

—¡Ah! ¡qué bien hace usted en decírmelo Catalina!... ¡Pues bien! entonces ¿qué les parece a ustedes, que resuditara a Nanón Carotte, que fué enterrada el hermoso día de la Candelaria?

—Guárdese usted bien de ello, señor médico — exclamó Santiago Laurel.—Nanón era mi esposa. Hemos vivido juntos diez años: diez años de Purgatorio, todo Cucuñán lo sabe. Quede Nanón donde está, para su reposo y el mío. ¡Era un verdadero clavo, señor! ¡testaruda como un borrico, y haragana, y peleadora, y sucia, y desarrapada! Y de yapa derrochadora, y con una lengua!... ¡Una lengua de víbora capaz de hacer reñir a la Virgen Santísima y a San José! Y... ¡todavía no le digo a usted todo!

—Pero, sin embargo, amigos míos...

—¡Perdone usted que le interrumpa, señor doctor! Mujer muerta, sombrero nuevo. Como Nanón me ha dejado tres chicos que por cierto no se parecen a su padre; ahora bien, como usted comprende, yo no podía atenderlos, y me he vuelto a casar. Así que es completamente inútil...

—Está bien. Comprendo. Es evidente que sería para tí un martirio atroz el tener que soportar a dos mujeres. ¡Con una basta y sobra! Pues bien... entonces resucitaré... porque al fin y al cabo, buenas gentes, es necesario que resucite a alguno... Por ejemplo al buen tío Pedro.

—¿Al tío Pedro de la Granja Vieja?

—A ese mismo.

—¡Ah, pobre padre mío!... ¡Que Dios dé paz a su alma, señor médico!... ¡un santo hombre por cierto! No le resucite usted, pues si volviera a la vida encontraría muchos enredos en nuestros asuntos y se entristecería muchísimo, él, ¡pobre! que le gustaba tanto vernos de acuerdo. Nos hemos repartido las cuatro varas de tierra que nos dejó, a fuerza de muchas disputas, de muchos golpes, un gran pleito, y no sin habernos arrancado los cabellos! Somos seis, cuatro varones y dos mujeres. Todos tenemos muchos hijos; cada uno tira para sí y lleva el agua a su molino. Y no hay ninguno que esté muy medrado en la familia.

—¿Así que no será posible...?

—¡Figúrese usted!... Si le resucita tendremos que pasar al pobre viejo una pensión entre todos. Nada más justo. Pero, las cosechas, andan tan mal, señor médico. Bien lo sabe usted; los gusanos de seda no hacen sino capullos flojos—cuando los hacen,—las viñas están apestadas, los trigos no producen nada, las aceitunas tienen lombrices, hay sequía, las granjas están en donación...

—Bueno, ¡sea! Dejaremos dormir a tío Pedro. Pero como no he venido aquí para ensartar perlas, y todos ustedes han acudido a verme operar, despertaré... ¿A quién, pues, quieren ustedes que despierte?

—A Gotón, despiérteme a mi Gotón—exclamó en aquel momento una buena mujer, llorando como una Magdalena.

—No, no, señor doctor, no la despierte usted—exclamó una joven.—¡Oh no! Linda doncella, qué bien has hecho en morir! Antes de morir me confió todo. Y después le pusimos su bello vestido blanco y muchas flores en la cabeza. Se hubiera dicho que era una recién casada. Déjela usted en el camposanto; el que ella amaba acaba de casarse con otra.



—¡Pobre... pobre Gotón! Miren, ya empieza a cansarme todo esto. Así es que para concluir de una vez voy a despertar a Gringalet, que se murió atorado comiendo bacalao hace cosa de un mes.

—¡Eso sí que no quiero yo! No quiero, exclamó Luisito Coquelicot levantando los brazos por cima la cabeza. Me vendió su viñedo y su cortijo mediante una renta vitalicia. He pagado durante diez años mucho más del valor en lindas monedas de plata sin retener jamás un céntimo. Tendría que volver a pasarle de nuevo su pensión. ¡Y eso no sería justo, señor médico!

—Me dirá usted tanto que... ¡pues bien, sea! Veamos: sé de una persona que murió no dejando ni mujer, ni hijos, ni hermano, ni hermana, pero sí el recuerdo, el ejemplo de todas las

virtudes, y a vuestro hospital los cuatro reales que pudo ahorrar: me refiero a vuestro buen cura, que tanto os amaba y que tanto han llorado ustedes. ¿Qué les parece a ustedes, que le resucitáramos?

—¡Ah no! ¡no! gritaron de aquí y de allá algunas devotas feligresas. ¡No, señor médico!

—Tanto más, agregó misia Rosalina, presidenta de la congregación, tanto más que ya estaba muy viejo el pobre hombre y sordo como una tapia: de tal modo que cuando me confesaba con él, si le decía blanco entendía negro, y viceversa. Déjele gozar de la gloria de Dios, porque en resumidas cuentas tenemos ahora otro cura más jóven y tan virtuoso: es bueno como el pan, canta como un órgano, predica como un ángel y dirige muy bien la parroquia.

—¿Qué quieren ustedes que les diga? Puesto que es así volvamos la vista a otro lado. Veo allí en el fondo una crucecita de madera, se diría que las flores silvestres y los caracolitos blancos han querido ocultar el triste color negro: ¡tanto se han apeñiscado en ellas los caracolitos, tanto han crecido las hierbas en flor en torno de ella! Es la tumba de un niño de pecho: cuando murió tenía diez meses, según reza el epitafio. Sería una lástima por cierto el resucitarlo: es tan feliz con haber muerto, se alegra tanto de haber salido de un mundo en el que se oyen... ¡lo que me dicen ustedes, mis pobres amigos!... Pero si no obstante quieren ustedes que lo haga volver, lo haré hoy mismo.

—Señor doctor—dijo entonces una pobre vieja lloriqueando—ese muertito ¡ay! nos pertenece; yo soy su abuelita. Mi hija no le había despechado todavía: le estaban saliendo los dientes de leche cuando ¡oh dolor! murió. ¡Ah si hubiera visto usted cuán lindo era nuestro pequeñín! Dios nos le ha llevado: pues bien, ¡hágase su voluntad! Tenemos ahora otro que mama. Dios hace bien todo lo que hace: si nos toma algo con una mano, nos da con la otra. No nos sería posible criar dos a un mismo tiempo y somos demasiado pobres para poner al otro una nodriza.

Entonces dijo el médico:

—Ya hay bastante por hoy, y hasta de sobra. Puesto que no quieren ustedes que haga hoy la maravilla, trataré de hacerla otro día, no ya resucitando a un difunto, porque, bien lo ven ustedes, la cosa es imposible, pero por lo menos asistiendo a los vivos que se hallen en peligro de muerte. Dios les guarde.

Y se las guilló.

¿Y quién les dice a ustedes que desde aquel domingo hizo maravillas nuestro médico de Cucuñán? No resucitó muertos, pero salvó la vida a más de un enfermo. Los cucuñanenses tuvieron completa confianza en él.

—Porque en fin, decíanse, si no cumplió su promesa en el cementerio, seamos justos, no fué por su culpa.

Y entró por un portoncito y salió por otro...

José ROUMANILLE.



—Cuando sean maximalistas serán tan felices como sus hermanos de Rusia.

(De "Matthews Adams Service".)

El retroceso

Guillermo de Minerroix hacía la corte a madama Conwal, esposa de uno de sus mejores amigos.

Ni él ni ella se habían hecho cargo de su situación respectiva; pero creían amarse de tal modo, que la tarde en que Mr. de Minerroix propuso a su amada la idea de emprender la fuga, para alejarse de Mr. Conwal, que debía llegar al día siguiente, la culpable no tuvo un solo gesto de rebeldía, y contestó con la mayor serenidad del mundo:

—¡Cuando quieras!

A las pocas horas encontrábanse los dos sin equipaje, para no despertar sospechas, a bordo del vaporcito que va desde Trouville al Havre.

Después pensaban embarcarse en un trasatlántico que les condujera a Nueva York.

Pero en el Havre sufrieron la primera contrariedad, pues se habían equivocado de fecha y no tenían más remedio que esperar durante tres días la salida del buque.

—¡Tres días!—exclamó madame Conwal, al tomar asiento ante la mesa de un hotel.

—¡Mal comienzo!—pensó por su parte Mr. de Minerroix, que era tan supersticioso como un jugador.

Y el terrible seductor se puso a meditar—cosa que no le ocurría con frecuencia—pesando el pro y el contra de aquella calaverada y recordando los escándalos del mismo género que en varias ocasiones le habían referido.

¿Por qué había de arriesgar el resto de su vida en aquella irremediable locura que iba a cometer? ¡Partir! Era posible que antes de un mes hubiesen dejado de amarse y se disputaran echándose en cara lo ocurrido. Y como él había sido tan estúpido como ella, no tendría más remedio que inclinar la cabeza y sufrir las consecuencias de su falta.

Sentirían los dos la nostalgia de París; ella lloraría y él sería víctima de su desesperación, sufriendo un yugo terrible e insoportable para entrambos.

Mr. de Minerroix temblaba al considerar las fatales consecuencias de su proyectado viaje.

—¿En qué piensas?—le preguntó madame Conwal.

Aprovechando el estado de languidez y de tristeza en que ella se encontraba, Guillermo de Minerroix emprendió la tarea de disuadirla de su propósito y de presentarle el negro cuadro del porvenir que les esperaba.

Con mucha suavidad en el acento, con inflexiones propias del sacerdote que confiesa, la amonestó cariñosamente, acusándose como responsable en primer término del paso que iban a dar.

¿No había intervenido en su escapatoria la casualidad para detenerles a tiempo, antes de que el mal fuese irreparable?

¡Qué contraste entre la cámara de un buque, a merced de las olas, y aquella elegantísima quinta, donde se estaba tan bien y nada absolutamente les faltaba!

¿No era preferible, en todo caso, aplazar aquel viaje, que había de modificar por completo su existencia y abrir un abismo entre ella y la sociedad?

¿No había mucho de odioso en el hecho de abandonar a un hombre a quien nada podía echar en cara, y de quien él era amigo de la infancia?

Madame de Conwal le escuchó al principio con estupor; pero no tardó en mostrarse emocionada y arrepentida, hasta el punto de exclamar, con los ojos inundados en lágrimas:

—¡Sí, sí tienes razón! ¡Eres un hombre honrado y leal!... ¡Pobre Octavio!

—¡Si supieras cuánto sufro!—concluyó hipócritamente Mr. de Minerroix.

Levantárónse de la mesa, y a los pocos instantes se embarcaban nuevamente para Trouville.

Y Mr. Conwal no llegó a sospechar nunca que hubiese estado a punto de ser pasto de la murmuración de las gentes, y de perder para siempre a la hermosa mujer, de quien decía noches atrás en una tertulia:

—¡Soy el hombre más dichoso del mundo, porque puedo afirmar en voz muy alta que me ha tocado el primer premio en la lotería del matrimonio!

René MAICEROY.

NO HAY QUE AFLIGIRSE



La adivina.—Esta línea me dice que usted va a sufrir un accidente fatal.
—¡Oh!
—Pero no se aflija: no ocurrirá hasta el fin de su vida.

No lloremos a los muertos

¿Quién tiene razón, los que creen que los muertos desaparecen para siempre, o los que creen que sus muertos no han cesado de vivir y los ven, los oyen, los sienten?

Cualquiera que sea nuestra religión, siempre hay un lugar donde no pueden morir nuestros muertos; y este lugar está dentro de nosotros.

Debemos vivir con ellos, sin tristeza y sin terror.

Hay quienes llaman a sus muertos mientras nosotros arrojamos y ahuyentamos a los nuestros; les tenemos miedo y ellos lo comprenden y se van y nos dejan para siempre.

Mueren, no en el instante en que se hunden en el sepulcro, sino lentamente, al hundirse en el olvido.

Este es quien los mata definitivamente.

No hay sepulcro, por más profundo que sea, cuya losa no pueda ser levantada y cuya ceniza no pueda ser removida por un pensamiento.

No habría diferencia entre los vivos y los muertos si supiésemos recordar.

Lo mejor que tenían aquellos que desaparecieron, vive con nosotros después que el destino los llevó de nuestro lado. Todo su pasado nos pertenece y es más grande que el presente, más cierto que el futuro.

La presencia material no es todo en este mundo y podemos dispensarnos de ella sin desesperar.

En lugar de creer que han desaparecido nuestros muertos para no volver nunca, pensemos que se hallan en un país que no está tan lejos y al que todos iremos un día.

El recuerdo de los muertos es más fuerte que el de los vivos; es como si estuvieran tratando por su parte, en un esfuerzo misterioso, de unir sus manos con las nuestras.

Llamad a los que se fueron, antes de que sea muy tarde, antes de que estén muy lejos. Vendrán y se acercarán a vuestro corazón; os pertenecerán como antes, pero ahora serán más bellos, más puros.

Mauricio MAETERLINCK.

LA VISITA DEL SEÑOR JORGE A. MITRE A ROSARIO



Llegada del señor Jorge A. Mitre y su esposa, señora Susana del Campillo de Mitre, a la estación Rosario Norte.



Durante la visita realizada por el señor Mitre, a la cámara arbitral de cereales de la Bolsa de Comercio.



Lunch con que los miembros de la cámara sindical de la Bolsa de Comercio obsequiaron al viajero.



El señor Mitre recorriendo las dependencias del hospital Centenario, en su visita al establecimiento.



Cabecera del gran banquete ofrecido al señor Mitre en el Savoy Hotel, y al cual concurrieron los elementos más representativos de la intelectualidad, del comercio y de la industria rosarinos.



El señor Mitre rodeado por el personal del diario "La Capital", del Rosario, donde fuera obsequiado con una copa de champagne.



Banquete que un núcleo de damas rosarinas ofreciera en honor de la señora Susana del Campillo de Mitre.



Recepción efectuada en la residencia particular de la señora Ramona Ortiz de Colombres, como un acto de homenaje a la señora de Mitre.

Fot. del señor Jorge Gaspary.

LAS JOYAS DE LAS ZARINAS



María Fedorovna, viuda del zar Alejandro III, cuya corte fué famosa por su magnificencia



La ex zarina con las vestiduras imperiales de ceremonia, tan valiosas como joyas.



Catalina II de Rusia. Su notable colección de joyas formaba parte del tesoro de la corona.

Hay en estos tiempos en Europa, reinas y princesas que se verán sin duda en la necesidad de vender muchas joyas y objetos de gran valor, piedras preciosas, pieles, encajes, perlas etc. Algunas de esas joyas, que probablemente pasarán a manos de algún ''aprovechador'' de la guerra, tiene su historia o están vinculadas a alguna leyenda y todas han sido testigos del esplendor maravilloso de cortes ayer no más dueñas del mundo y hoy abatidas en el polvo.

Entre las soberanas europeas, las emperatrices rusas fueron las que de mayores rentas dispusieron para sus gastos personales. La abuela del zar Nicolás II tenía a su disposición cerca de tres millones de pesos oro por año y otra suma equivalente para lo que se llamaba ''caridad y favores'' de su majestad. Sin duda, María Alexandrovna era excesivamente generosa para con sus hijos, los cortesanos y los miembros de su familia, a los que solía hacer valiosísimos regalos de Navidad y Pascua, pero también gastaba pródigamente en joyas y encajes y la colección que dejó fué avaluada en muchos millones. Era de las personas que no admiten la posibilidad de no comprar lo que se les ocurra, y así llegó al extremo de agotar sus millones en el año y contraer enormes deudas que Alejandro II pagaba de buen grado. Constamtemente adquiría perlas; poseía de veinticinco a treinta collares y hubo ocasiones que se engalanó con todos ellos. Su joya más notable era un broche-collar y una tiara compuestos de perlas de forma de pera, las más grandes del mundo. La regaló a la gran duquesa María Pavlovna, esposa de su segundo hijo, acto de generosidad que causó cierto rozamiento entre ella y el heredero del trono, el futuro Alejandro III, que deseaba que las joyas fueran consideradas como patrimoniales de la familia Romanoff. Poco después de la revolución se dijo que la gran duquesa María Pavlovna había iniciado negociaciones con una casa de Londres para venderle la famosa joya.

Una costumbre de la corte rusa exigía que el guardarropa de la emperatriz fuera renovado cada año. Cuando se casó la emperatriz viuda María, los zares le regalaron un trousseau que contenía veinticuatro docenas de piezas de ropa blanca cada una de las cuales era una verdadera obra de arte; recibió cinco docenas de diferentes juegos de encajes compuestos por los ejemplares más raros de Bruselas antiguo, Alençon y Argenton. Estos encajes solamente valían cerca de un millón de pesos oro. Su colección de pieles era igualmente magnífica y parte de ella la recibió de una manera curiosa. Cuando en 1883, hizo su entrada solemne en Moscú, la antigua capital de Rusia, para ser coronada, pues iba a contraer matrimonio, uno de los comerciantes más ricos del país, que la vió en esa ocasión, declaró que deseaba hacerle un regalo de bodas. Su ofrecimiento fué rechazado, pero el hombre, que era un excéntrico, dejó por testamento cerca de dos millones de pesos oro para adquirir el más hermoso juego de cebellinas que existiera. El juego fué regalado a la gran duquesa María Fedorovna, al ser coronada emperatriz, con la estipulación de que los intereses que produjera el resto de aquella fortuna quedara también a disposición de la emperatriz para obras caritativas; para el caso de que el legado no fuera admitido, el donante disponía que con su fortuna se fundase en Moscú un asilo para gatos perdidos y desamparados.

La zarina aceptó el legado y se adquirió con él la más hermosa colección de pieles que hasta entonces se había visto; durante las fiestas de la coronación fueron expuestas en el salón del trono del Kremlin de Moscú.

La emperatriz María solía llevar vestidos sencillos, pero durante las grandes ceremonias de la corte gustaba presentarse con gran magnificencia; su lujo favorito consistía en los encajes; no le atraían tanto las joyas, aunque éstas eran una de las pasiones del zar, considerado como un experto conocedor de piedras preciosas. Por lo general, mandábase hacer veinticinco o treinta vestidos por estación y los encargaba a modistos de París. Sus trajes de gala, debido a los ricos materiales empleados en ellos y a la cantidad de bordados y adornos de oro y plata, representaban valor como las joyas de gran mérito. En cierta ocasión el traje de gran gala fué confeccionado por las monjas de un convento situado cerca de Moscú. Sólo tres veces al año llevaba la emperatriz esa magnífica vestidura: el 1.º de enero, el día de Epifanía y la noche de Pascua.

Los mantos y vestiduras usados en la ceremonia de la coronación por los emperadores y las emperatrices se guardaban en el Tesoro de Moscú, adonde se los llevaba inmediatamente después de la ceremonia. Cuando moría un soberano se le enterraba con un manto igual al de la coronación, pero éste, que era el original, quedaba siempre guardado en el Tesoro.

Este Tesoro de Moscú no debe ser confundido con el de Petrogrado. El de Moscú contiene las antiguas insignias reales, como la corona de Vladimiro Monomaco, el cetro de Iván el Terrible y el trono en que se sentaba en su juventud Pedro el Grande, juntamente con su hermano Iván que con él compartía la autoridad real. También se guarda en Moscú, como se ha dicho, las vestiduras de la coronación de los zares. Pero las insignias reales llevadas durante la ceremonia de la coronación y las joyas que en la misma ocasión llevan los consortes son guardadas en el Palacio de Invierno de Petrogrado. Por lo menos allí existían antes de la revolución, en un salón tan seguro como una caja de hierro, delante de cuya puerta montaban guardia dos centinelas. Las llaves de este salón eran entregadas al ministro de la casa imperial, quien a su vez las confiaba a los dos tesoreros de la Corona. Estos no podían penetrar solos en el salón, sino acompañados por un grupo de soldados de la guardia. Aunque en el Palacio de Invierno se guardaba la mayor parte de los tesoros de la Corona, algunos eran conservados en el palacio vecino llamado ''L'Hermitage'', donde, encerrados en cajas de cristal, se los exhibía al público durante los suntuosos bailes celebrados en la corte de Alejandro III. Entre esos tesoros se veía la ''aigrette'' de diamantes de Potemkin, el famoso favorito de Catalina II, avaluado en una suma fabulosa, y un papagayo de tamaño natural, hecho de oro macizo, con incrustaciones de zafiros, esmeraldas y rubíes en las plumas de la cola, que se abrían en abanico mediante un ingenioso mecanismo.

Una de las joyas imperiales tiene fama de ser funesta. Es un anillo que engarza una gran esmeralda. Formó parte de los regalos de la emperatriz Isabel Petrovna, hija de Pedro el Grande, a su sobrino el duque Pedro de Holstein Gottorp, que la sucedió con el nombre de Pedro III y fué asesinado por Orloff, en complicidad con Catalina, según la tradición popular. Pedro llevaba constantemente este anillo. Una vez muerto se le quitó de la mano y por orden de Catalina fué depositado en el Tesoro, donde quedó hasta que su hijo Pablo ascendió al trono. Pablo, que conservaba profundo afecto por la memoria de su padre, apropióse en seguida el famoso anillo de la esmeralda y comenzó a usarlo a pesar de las admoniciones del tesorero del palacio, quien le advertía de la reputación sombría de esa joya, perteneciente en su origen a un feudatario ruso, condenado a muerte por Pedro el Grande. Pablo no le hizo caso. Es sabido que tuvo muerte violenta: fué estrangulado a consecuencia de un complot palaciego.

El anillo fué de nuevo devuelto al Tesoro hasta que un día lo vió el zar Alejandro II y declaró que esa piedra era demasiado hermosa para permanecer oculta y que estaba dispuesto a usarla... La llevaba, en efecto, el día en que cayó víctima de la bomba de un nihilista. La esmeralda fué hallada en la calle un día después del asesinato del zar, de cuya mano había saltado al estallar la bomba. Llevada nuevamente al Tesoro, la funesta joya permaneció guardada muchos años, pues Alejandro III ni siquiera quiso mirarla.

Poco después de casado, Nicolás II visitó el tesoro de la Corona a fin de elegir las joyas que debía llevar la joven zarina, vió el anillo fatal, y, como a sus predecesores, tanto le impresionó su belleza que declaró que llevaría él mismo la joya a pesar de la historia trágica que la acompañaba. El lamentable fin de este monarca está en la memoria de todos. Se diría que con él se cumple una vez más la maldición, que según la leyenda, pronunció el primer posesor de la piedra funesta, la cual condenaba a muerte violenta a los que la usaran. Se ignora qué ha sido de la esmeralda famosa después del asesinato de Nicolás II. En cuanto a las demás joyas es admisible suponer que su suerte ha sido esta: dispersadas por la revolución y juntadas por los revolucionarios.



Alejandra, ex zarina de Rusia, con la corona adornada de perlas, que no tienen igual en el mundo.

EL MITIN DE LA COLECTIVIDAD ITALIANA



Auspiciada por la Federación de las Asociaciones Italianas y en medio del mayor entusiasmo, realizóse el martes de la semana anterior, la compacta manifestación con que los residentes italianos exteriorizaron su adhesión hacia el gobierno de su país, por la actitud que los delegados de éste asumieran ante el grave incidente surgido en la Conferencia de la Paz. Vista tomada cuando la cabeza del mitin, llevado a efecto con completo orden y corrección, desembocaba en la calle Florida.



Otro aspecto de la nutrida manifestación.


Conrad Nagel.




Madge Evans.


Carmen Myers.


George Beban.



Amparo Astort









Todos los elogios que de esta gran artista se han hecho y se hacen, siempre serán pequeños ante el valor artístico de esta notable intérprete del teatro español. Sobresale de manera incomparable entre las artistas de su género, tanto por su escuela y su manera natural de decir como por sus caracterizaciones, aptitudes que la han colocado en la cúspide de la reputación más envidiable.

Su personalidad talentosa e insubstituible en el teatro San Martín, es tan importante, que basta que su nombre figure en un reparto, para que la obra lleve en su favor gran probabilidad de éxito.

Primera Conferencia Socialista y Obrera Panamericana

Con asistencia de un numeroso público que llenaba todas las localidades del teatro Argentino, inició sus sesiones plenarias la Primera Conferencia Socialista y Obrera Panamericana, el domingo 28 del pasado.

El presidente declaró abierto el acto, manifestando que aquella sesión era la indicada para el saludo de las delegaciones, y el señor Giusti, que habló a continuación, lo hizo así y pronunció un discurso historiando a grandes rasgos los orígenes del partido socialista y del movimiento gremial en esta capital.

Después hicieron uso de la palabra, el delegado obrero, señor Della Latta, la señora Juana María Begino, y los señores Roca, Frugoni, Velarde, Dickmann, Mibelli, etc.

Por acuerdo unánime de la asamblea, envióse un telegrama de saludo al doctor Juan B. Justo y otro al Congreso Internacional que actúa en Amsterdam; y, a propuesta del señor Giusti, se aprobó igualmente dirigir una salutación al proletariado universal.



Grupo de delegados a la Conferencia reunidos en la puerta del teatro Argentino, en cuyo recinto se realizó la asamblea



Señor Adolfo Flores, delegado de Bolivia e hijo del doctor Adolfo Flores, reputado médico que residió muchos años en Buenos Aires



Los delegados del Perú, señores Víctor Fujazón, Erasmo Roca, Carlos Velarde y Arturo Váldez



Señores Emilio Frugoni, antiguo colaborador de "Fray Mocho", y Celestino Mibelli, delegados de la República Oriental del Uruguay



El grupo de delegados de Chile, constituído por los señores Ezio Prestinoni, Luis A. González, Manuel Hidalgo y Evaristo Ríos



El presidente de la Conferencia, diputado nacional doctor Mario Bravo, acompañado de los miembros que componen la mesa directiva.

FOOTBALL. — PARTIDO DE COMBINADOS



Team azul, A. Tesorieri; J. Gallo y A. Alberti; A. López, S. Buzzo y J. Célico; Z. Canavery, G. O. Ronzoni, H. Hayes, A. Adet y J. Chavín, que empató en 1 goal en el partido de práctica jugado en el field del Club de Gimnasia y Esgrima.



Tesorieri en plena labor.



Frente a la valla de los azules.

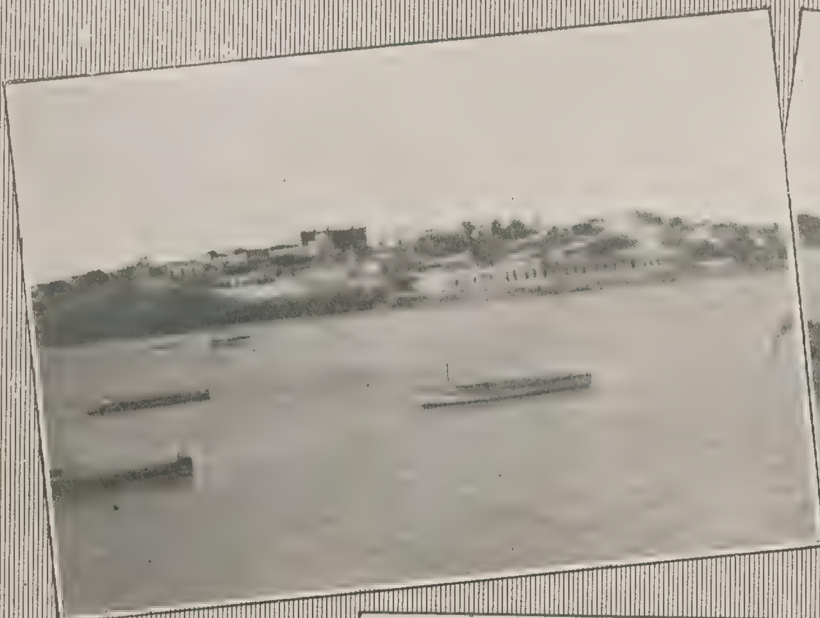


Otra intervención de Tesorieri.

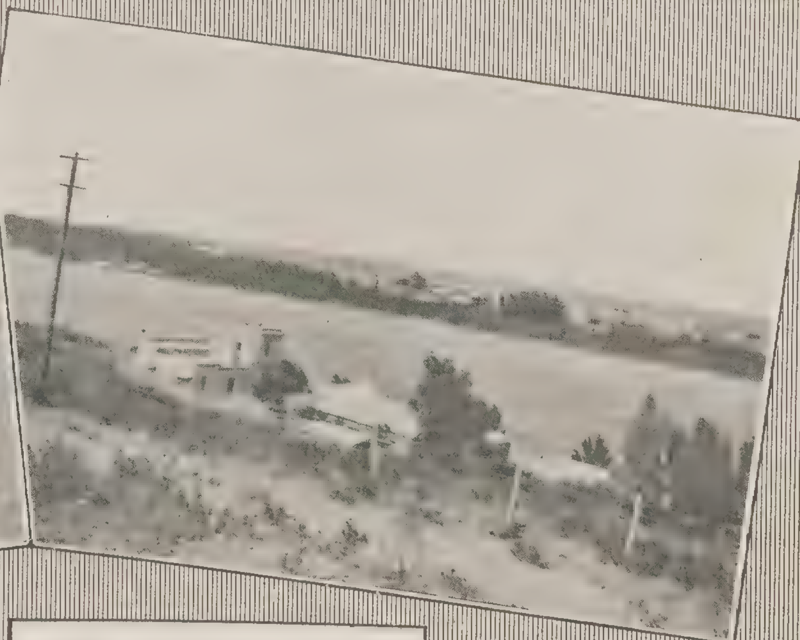


Equipo rojo: J. Magistreti, A. Recavattini y J. Ortega; J. Heinssinger, G. Romero y A. Urso; N. Iriarte, J. Laguna, A. Martín, A. Ochandio e I. Alzúa.

DE UN VIAJE POR EL SUR



Una vista de Patagones, tomada desde Viedma



Viedma, la capital del territorio de Río Negro, vista desde Patagones



Una sección de los cultivos de la Chacra Experimental de Patagones



Patagones visto desde el muelle de Viedma



Las dos márgenes del Río Negro



Panorama que ofrece el Río Negro, frente a Viedma y Patagones

Fot. de nuestro inspector viajero, señor Bartolomé J. Zambonini.

PAGINAS OLVIDADAS

EL BANCO DE LA PROVINCIA

I

Gracioso y elegante edificio, con su alto friso de mármol verde oscuro, su fachada adornada de columnas corintias y airosa torrecilla por remate, pero sin vista por hallarse como empotrado por los dos lados entre altas casas y con su frente encima de una calle estrecha.

Al principio, él ostentaba algunas estátuas de mármol, especie de enanos con peluca, en actitudes dignas y magestuosas (no sabemos qué representaban), pero después a causa de su peso que podía perjudicar las paredes, a juicio de los arquitectos, fueron quitadas y colocadas en los cuatro ángulos de la pirámide de Mayo, en donde aparecen aún más enanas y ridículas y afean aquel venerable monumento de la Libertad.

Entrando se halla el amplio vestíbulo, con sus dos escaleras de mármol que conducen al piso alto, en donde están las oficinas del Directorio; pasado éste se penetra en el gran salón, pieza cuadrilonga, como de 30 varas de largo por 20 de ancho, de elevado techo, artesonado como el de una basílica, con bellas molduras doradas e iluminado en contorno por altas ventanas.

Bajemos los ojos del techo y espaciémoslos por la sala; allí están los grandes mostradores de caoba, tallados con las armas de la patria, repetidas sin arte ni cambiantes ningunos que alternen y amenicen el decorado; después una especie de canceles para las distintas oficinas, de caoba y cerrados con vidrios de colores. En medio los bancos para sentarse y un alto pupitre, a manera de atril, como se halla en los coros de los conventos para los cantores que entonan el oficio. Delante de todo esto la concurrencia que acude a las diversas operaciones.

II

Son los primeros días del mes y no ha mucho está abierto el despacho. Dios mío! qué cuadro!

Aquello es una vorágine, un maremagnum, un pandemonium que dá vértigos, una leonera en donde se ve toda especie de alimañas, pero donde domina el elemento italiano. La Italia se halla allí representada en todas sus provincias, ciudades, distritos y aldeas; Nápoles, Génova, Liorna, Pisa, Turín, etc., con todos sus anexos y dependencias, pueden estar seguras de que tienen allí muchos representantes.

En efecto, allí se ven todos los variados tipos de la más numerosa colonia. El naranjero, que lo mismo vende naranjas que tomates y pepinos, según la estación; el lanchero del bajo, con su camiseta y su faja de vistoso color rojo o azul, y su gorra de pelo; la honrada y fuerte lavandera, con el cutis curtido por la intemperie y el aire del río, que mantiene con el producto de su trabajo a un marido holgazán quizás y a sus numerosos hijos y todavía reserva algunos pesos para depositar en el Banco; al albañil de ruda faz y manos callosas, digno "pendant" de la lavandera por la honradez y la laboriosidad; el agricultor que llena nuestros campos de trigo, maíz y lino; el quintero que abastece de verduras la ciudad; el puestero del mercado, grueso, sano y de faz jovial; la fondera, vestida de seda, con prendedor y cadenas de oro, como quien tiene su importancia y pretensiones; el carbonero, el herrero con las señales de la fragua o el polvo negro todavía, a pesar de haberse lavado la cara y las manos; en fin, no acabaríamos de decir jamás, pues en todos los oficios y menesteres de la vida, encontramos en pleno ejercicio de funciones a esta activa y útil colonia.

Todos ellos están allí, a depositar sus ahorros, el fruto de su trabajo; y se revuelven y se codean, se empujan y se aprietan, como un enjambre delante de los mostradores, el cual se mantiene compacto, renovándose sin cesar por horas y aun por días enteros. El rodea el salón, como una serpiente, y como ella estrecha a veces y ahoga con su opresión y su ambiente peculiar que no recuerda por cierto el opoponax, resedá, violetas, brisa de las Pampas, u otros refinamientos de Guerlain o Guimard.

Y entretanto, los pobres empleados sudan y trasudan por despacharlos, se afanan por entenderlos y hacerse entender, pues su lenguaje es a veces una jerga indescifrable para el que no está acostumbrado y lo mismo debe ser para ellos el nuestro; además, sus ideas siguen en todo muy diversa corriente. Así a veces suelen oirse diálogos curiosos como estos:

III

—¿Cómo se llama usted?

—¿Eh chi mi chiama?...—responde un veneciano botero del muelle, de rostro quemado y gorra de pelo.

—No—responde el empleado;—¿cuál es su nombre?

—¿Cuál es su nombre y cuál su apellido?

—Barbarini Prolegómeno.

—¡Ma! ¿questo "apejido"?—replica el otro con estrañeza.

—¿Cómo se llama su padre?

—Barbarini Vincenzo...

—¡Ah! entonces usted se llama Prolegómeno y su apellido es Barbarini (y así lo anota en el libro).

—¡Forse! Non sa...

Prosigue el empleado: ¿Qué viene a hacer usted?

—Son venuto per mettere centro nazionali nel Banco; ¿quanto pagate voi?

—Cinco por ciento.

—¿Certo?... sta poco; ¿non date piú?

—¿Va a colocar o no?—interrumpe el empleado con cara de vinagre,—diga usted de una vez... ¿Tiene estampilla?

—¡Ma! che e questo "stampija"?

—Vaya a la puerta, pida un sello de 50 centavos para la libreta y vuelva.

Barbarini va a la puerta, compra su sello de 50 centavos, no sin altercar antes con el portero, que le cobra 60 por sus gajes; pero en fin, se conforma, vuelve al mostrador y queda su depósito realizado.

IV

Se acaban los prolegómenos y entra de lleno el asunto con todas sus complicaciones, acercándose doña Asunta Concetti.

Ella es una mujer de mediana edad y parece genovesa. Con el pelo menudamente rizado y pegado sobre la frente, un velo de Burano en la cabeza y largos pendientes de oro, se asemeja a una imagen antigua. Ella entiende bien lo que se le dice, habla bien y con prolijidad, pero generalmente no responde derecho a lo que se le pregunta y se va "por los cerros de Ubeda"; así, es preciso llamarla al orden y reducirla al buen camino.

—¿Cómo se llama usted?

—Concetti Sumpta.

—Como dice ¿Sunta o Sumpta?

—Sono nata il giorno de la Madonna, ai quindisi di questo mese (Agosto).

—¡Ah! entonces es Asunta Concetti (y así se apunta) ¿Cómo se llama su padre?

—Concetti Girolano; ma egli é morto da lunghi anni; l'ha preso una febre maligna...

—¿Y su madre cómo se llama?

—¡Oh! la poverina está cieca ora a Genova; e io son venuta in América per trovargli qualche cosa.

—No le pregunto eso; diga el nombre...

—¡Ah! mi scusi, signore; Pallieri Berenice.

—¿Y usted es soltera o casada?

—Son soletta ma forse un giorno...

—¡Dónde vive?

—Ora sono con la signora Luigia; quella donna ricca che ha proprio una bella orologeria nella calle Victoria...

—¿Qué número?

—Cincuencento quaranta cinque.

—¿De qué se ocupa?

—Io fo la bisogna de la casa, spesso la cucina e altri giorni la biancheria; anche so fare belli macarroni e ricetta...

—¡Acabáramos!—dice el empleado. —¿Usted es sirvienta?

—¡Giusto!—responde Sumta o Asunta, y acabado el interrogatorio deposita 80 nacionales que ha reunido como fruto de sus economías del año, después de mandar algunas liras a su madre ciega que está en Génova.

V

Viene en seguida don Miguel Speluzzi, changador, de aire resuelto, hombre robusto, aunque ya de alguna edad y canoso, dejando por algunos instantes el lienzo de arpillera y su cordel para presentarse allí. El no necesita responder como los otros, pues tiene ya hecho su depósito, sino que viene por los réditos, a lo que parece.

—¿Qué quiere usted?—le dice el empleado.

—Son venuto per la cuenta degl'interesse di questo danaro che ho nal Banco—y enseña su usada libreta.

—Le ha dado tanto...—responde el empleado;—¿quiere sacar los réditos?

—No—dice el otro,—vuó restare; ¡ma questo a poco! devo avere più... Trecento nazionali all'anno fanno trenta cinque...

—¡Qué trenta, ni qué cinque!—responde el empleado enojado;—no hacen sino tanto... ¿Diga si los va a sacar o no?

—Ma questo non può essere; io devo avere trenta cinque nazionale per l'interese. ¡Allora m'han rubato!

—¿Qué dice, che? ¿Va a sacar o no?

—Non; vuò fare la cuenta degl'interesse, perchè poi non manchi.

—¡Pues mándese mudar!—exclama

(Continúa después de la página infantil)

CON ESTA CRISIS



—Mamá, creo que tengo la lombriz solitaria.
—¡Bien podías esperar a que los alimentos bajaran de precio!

UNA JOYA



—¿Tiene buenos certificados?
—Excelentes; tiene uno de un doctor que dice que no come más que cincuenta gramos de pan por día...

PÁGINA INFANTIL. — Aventuras de Pipirí

























(Continuación de EL BANCO DE LA PROVINCIA)

el empleado, y arroja con cajas destempadas al bueno de don Miguel que, trabado en sus cuentas, se retira echando votos y maldiciones, tratando a los empleados y directores de Banco, de ladrones; pero no saca de allí su dinero.

Y sigue entre tanto la danza, y se acerca otro y otro en su lugar. Y los empleados llaman a éste y a aquel, y se desgañitan para hacerse oir entre aquel barullo y verse libres de una vez de aquella "turbamulta" de acabados en ini, etti y uzzi, terminaciones todas exóticas en el país.

VI

¿Y los nombres y los tipos del país qué se han hecho? ¿A dónde están? dirá alguno. Les contestaremos con el poeta:

"¡Apparent rari nantes in gúrgite vasto!"

Pocos, poquísimos peces de este género podremos divisar nadando en aquella vasta vorágine. Apenas aparecen allí como ejemplares de alguna edición agotada, o bien un viejo criollo de usada galera, o alguna señora mayor de espeso velo, con motas a la cara, rentistas de alguna pequeña finca en "las orillas"; alguna mujer del país casada con extranjero, o cual muchacha de poca edad llevada por su patrona y madrina. Los demás no tienen que poner en el Banco.

Pues la muchacha de servicio, en cuanto reune algunos medios se compra una saya de terciopelo, parecida a la de la señorita Tal, un tapado con pieles o una sobrevesta de encajes, como la de la señorita Cual y si no se endosa un elegante sombrero, es porque aun la moda no se lo permite.

El mozo del país que trabaja, si es mucamo en las casas, cuanto dinero recibe lo emplea en un traje hecho en la misma sastrería que ocupa su patrón el "dandy" Fulano; si trabaja en los carros de la Aduana o de la Municipalidad, en las sastrerías de la calle Buen Orden; el resto, uno y otro lo echa en bailes y parrandas.

¿Y el hombre casado? ¡Ah! éste tiene de sobra que hacer con el alquiler de la casa; lo demás, la mujer y los hijos se lo comen. Y harto hará si en el estado de carestía en que está todo consigue pagar su pieza, vestir y alimentar a su familia. Pero luego viene la enfermedad o la vejez, las necesidades y apuros de la vida, y habrá que acudir a la caridad pública o privada.

Entretanto los extranjeros se industrian, ahorran, guardan y se forman recursos propios, que les aseguren una vejez descansada y algún capital que dejar a sus hijos, ya que no se labren una modesta fortuna, que a veces suele radicarse y pasar a mayores términos.

MUÉRDAGO.

Buenos Aires, 1888.

¿Qué es el éter?

Es causa de mucha preocupación para la ciencia moderna un misterio aún no expiicado: el del éter.

En realidad, nadie sabe con certeza qué es o en qué consiste ese flúido sutil, invisible, imponderable y elástico, que, en sentir de varios físicos, llena el espacio interplanetario. Nadie lo ha visto, nadie lo ha tocado, ni nadie ha logrado identificarlo. Sólo se conoce por los fenómenos de que se le supone causante, y todos los hombres de ciencia le atribuyen relaciones con la luz, el calor y la electricidad. Unas veces se le ha considerado como "flúido elástico e imponderable", y otras se le ha supuesto tan rígido como el acero; en una palabra, todas las definiciones dadas han sido contradictorias y confusas, no obstante lo cual la ciencia no puede desprenderse de la teoría del éter.

En fecha reciente, un químico ruso de nombradía, Mendeleeff, ha dado una nueva explicación, o bien un concepto nuevo del éter, de cuya idea se ocupa actualmente todo el mundo científico, discutiéndolo con vivo interés.

A LO QUE LLEGAREMOS



El mendigo.—¿Quiere darme algo para poder comer?
—¿Algo para comer? ¿y no tiene un peso, ahí, en la mano?
—Es la propina para el mozo.

Mendeleff cree, sencillamente, que el éter es un gas mucho más ligero que el hidrógeno, que hoy se considera como el más ligero de todos los gases.

Por medio del espectroscopio se ha descubierto en la corona solar un elemento que no se encuentra en la tierra y que es más ligero que el hidrógeno, al cual se ha dado el nombre de "coronium". Pero, ¿existirá otro elemento aún más ligero que el "coronium"? Mendeleeff cree que sí, y fundándose en la "ley de periodicidad" de los elementos químicos, saca la conclusión de que existen dos elementos más ligeros que el hidrógeno. Al más pesado lo llama Y, y puede ser idéntico al "coronium", y al más ligero lo titula X, y puede ser el mismo éter.

Computando el peso atómico y la velocidad de vibración de las moléculas del gas X, partiendo del supuesto de su identidad con el éter, de los cálculos de Mendeleeff resulta que el éter es cerca de un millón de veces más ligero que el hidrógeno, y que su velocidad molecular no baja de mil cuatrocientas millas por segundo.

Un gas que reune semejantes condiciones puede atravesar todo el espacio, sin condensarse en los alrededores de cuerpos dotados de tanto poder de atracción como el sol.

Por muchos soles que se reuniesen de más atracción que el nuestro, no se podría impedir que el gas extraordinario se extendiese por las regiones intersiderales.

En todo caso, el éter podría acumularse en rededor de los grandes centros de atracción, adquiriendo mayor densidad, no sólo en torno del sol y de las estrellas, sino también junto a los átomos de elementos más pesados que él. La explicación de esto se podría sacar de la extraña propiedad de la radioactividad. Los ligeros átomos del éter son atraídos por los átomos pesados de sustancias tales como el radio, a los cuales rodean, y unos se escapan mientras otros se caen en la zona de atracción, como los cometas caen en los centros de atracción del sol.

El balance de la química del carbono

La química orgánica comprende, como todo el mundo sabe, los compuestos a base de carbono, tales como los alquitranes, las grasas, los azúcares, los alcoholes, los éteres, la urea, el alcanfor, etc.

Pero lo que no todo el mundo sabe es que el número de estos derivados del carbono (aparte de los conocidos con precisión y que por consecuencia son individualidades químicas definidas y catalogadas), alcanza la cifra de ciento cincuenta mil. Cada año la lista se aumenta con 7.000 u 8.000 cuerpos nuevos, generalmente en forma de tintes, perfumes, explosivos y específicos farmacéuticos.

EN EL MAR



—¿Estás mareada?
—No, mamá; pero... no puedo bostezar.

La sepultura prematura

Hay ciertos temas de un interés profundamente emocionante, pero demasiado horribles para ser motivo de una ficción regular. Los novelistas profesionales deben evitar esos temas si no quieren ofender o desagradar. No pueden ser empleados si no son sostenidos y santificados, por decirlo así, por la severidad y la majestad de la verdad. Nos estremecemos, por ejemplo, con la más honda de "las voluptuosidades dolorosas" al oir el relato del paso del Beresina, del terremoto de Lisboa, de la matanza de San Bartolomé o de la asfixia de los ciento veintitrés prisioneros en el pozo de Calcuta. Pero en esos relatos es el hecho, es decir, la realidad, la verdad histórica, lo que nos conmueve. Si fueran sólo simples fantasías, las consideraríamos nada más que con horror.

Acabo de citar algunas de las más impresionantes y famosas catástrofes que menciona la historia; lo que en ellas impresiona tan vivamente nuestra imaginación no es tanto su extensión como su carácter. No necesito recordar al lector que habría podido elegir, en el largo y mágico catálogo de las desgracias humanas, muchos ejemplos individuales más llenos de un verdadero sufrimiento que cualquiera de aquellas vastas catástrofes colectivas. El verdadero dolor, el colmo del dolor, es algo particular, no general. Si el horror extremo en la agonía pertenece al hombre como unidad, no al hombre en masa, demos gracias por ello a la misericordia de Dios.

Ser sepultado vivo es, sin duda, lo más horrible que puede ocurrir a una criatura mortal.

Cualquier hombre que reflexione un poco admitirá que ese horrible caso ha ocurrido a menudo y muy a menudo. Los límites que separan la vida de la muerte son, por lo menos, indecisos y vagos. ¿Quién puede decir dónde empieza una y dónde termina la otra? Sabemos que hay casos de desvanecimiento en que toda función aparente de la vitalidad cesa por completo y en los que, sin embargo, esa cesación no es, propiamente hablando, más que una simple suspensión, una pausa momentánea en el incomprensible mecanismo de nuestra vida. Al cabo de cierto tiempo algún misterioso principio invisible vuelve a poner en movimiento los resortes encantados y las ruedas mágicas. La cuerda de plata no se ha roto para siempre ni la copa de oro se ha hecho pedazos irremediablemente. Pero, entretanto, ¿dónde estaba el alma?

Pero aparte de la inevitable conclusión "a priori" de que tales causas deben producir tales efectos y que, por consiguiente, esos casos de suspensión de la vida deben naturalmente dar lugar de vez en cuando a inhumaciones prematuras; aparte, digo, de esa consideración, tenemos el testimonio directo de la experiencia médica y ordinaria, que demuestra que han sucedido gran número de inhumaciones de ese género. Podría mencionar, si fuera necesario, centenares de ejemplos auténticos.

Uno de esos ejemplos, de carácter muy notable y cuyas circunstancias posiblemente recuerdan todavía algunos de mis lectores, ocurrió en la ciudad de Baltimore, donde produjo una emoción dolorosa e intensa. La esposa de uno de sus más respetables ciudadanos—un jurisconsulto eminente, miembro del congreso,—fué atacada súbitamente por una enfermedad inexplicable, contra la cual resultó vana la habilidad de los médicos. Después de mucho sufrir murió, o se supuso que había muerto. No existía ninguna razón para creer que no estuviese bien muerta. Presentaba todos los síntomas ordinarios de la muerte. El rostro tenía los rasgos laxos; labios de palidez de mármol; ojos empañados; ausencia absoluta de calor; el pulso había cesado de latir. Durante tres días tuvieron el cadáver sin sepultar, y en ese tiempo adquirió una rigidez de piedra. Se apresuraron entonces a enterrarlo, en vista del estado de rápida descomposición en que se le suponía.

Fué depositada en el sepulcro de la familia, donde nada fué tocado en los tres años que siguieron. Al cabo de esos tres abrieron otra vez el sepulcro para depositar en él un sarcófago. ¡Qué horrible sorpresa esperaba al marido, que fué el primero en entrar. En el instante en que la puerta se cerraba tras él, un objeto vestido de blanco cayó en sus brazos. Era el esqueleto de su mujer, en su sudario todavía intacto.

Una investigación minuciosa demostró evidentemente que la mujer había resucitado dentro de los dos días que siguieron a su inhumación y que los esfuerzos que había hecho dentro del féretro ocasionaron la caída de éste al suelo, donde, rompiéndose, había permitido a la sepultada escapar a su prisión de leño. Una lámpara dejada por casualidad llena de aceite en el sepulcro, fué hallada vacía, aunque bien pudo haberse agotado por la evaporación. En la más elevada de las gradas que descendían hasta el fondo del sepulcro se halló un fragmento del féretro, que, sin duda, la sepultada había utilizado para llamar la atención golpeando la puerta. Probablemente, durante esta desesperada ocupación, se desvaneció o murió de terror. Y en la caída, el sudario quedó prendido en algún hierro saliente del interior de la bóveda y la infeliz quedó colgada en esa posición y se putrificó...

En el año 1810 ocurrió en Francia un caso de inhumación de una persona viva, acompañada por circunstancias que demuestran que a veces la realidad es más extraña que la ficción. La heroína de la historia fué una señorita llamada Victorian Lafourcade, joven de familia ilustre, rica y de notable belleza. Entre sus numerosos pretendientes se contaba un tal Julien Bossuet, individuo muy pobre, literato o periodista de

EL ENEMIGO INTERNO



Ataque de flanco...

París. Su talento y su amabilidad lo habían recomendado a la atención de la rica heredera, que parece haber tenido por él un verdadero amor. Pero su orgullo de clase la decidió por último a rechazarlo, para casarse con un señor Rennello, banquero y diplomático de algún mérito. Una vez casada, ese señor la desdeñó, o quizás la maltrató brutalmente. Después de haber vivido con él algunos años desgraciados, la joven murió o, por lo menos, su estado era tan semejante al de la muerte, que todo el mundo pudo equivocarse. Fué sepultada, no en una bóveda, sino en una fosa del cementerio de su aldea natal. Desesperado y siempre con el recuerdo ardiente de su pasión profunda, Julien Bossuet parte de la capital y se traslada al pueblo remoto donde reposa su amada, con el propósito romántico de desenterrar su cadáver y apoderarse de su lujuriante cabellera. Se acerca a la tumba a la media noche, desentierra el cajón, lo abre y comienza a cortar la cabellera, cuando de pronto se estremece y se detiene al ver entreabrirse los ojos de su amada.

La joven había sido enterrada viva. La vitalidad no estaba extinguida todavía, y las caricias de su amante acabaron de despertarla del sueño letárgico que había hecho creer en la muerte. Julien Bossuet la llevó, en medio de frenéticos transportes, a su alojamiento en el pueblo. Empleó los más poderosos revulsivos que le aconsejaron sus conocimientos médicos. Por fin Victorian recobró la vida; reconoció a su salvador y permaneció a su lado hasta recuperar su energía física. Su corazón de mujer no era de diamante, y esta última lección de amor bastó para enternecerlo. No regresó al lado de su marido; le ocultó su resurrección y huyó con su amante a América. Veinte años después ambos volvieron a Francia en la persuasión de que el tiempo había alterado las facciones de la mujer lo bastante para que nadie la reconociera. Se equivocaron: en el primer encuentro con su mujer, el señor Rennello la reconoció y la reclamó. Ella resistió. Un tribunal la apoyó en su resistencia y declaró que las circunstancias particulares, agregadas al largo espacio de tiempo transcurrido, habían anulado no sólo desde el punto de vista de la equidad, sino también del de la legalidad, los derechos del marido.

El "Diario de Cirugía", de Leipzig, ha referido un caso análogo, realmente terrible.

Un oficial de artillería, de estatura gigantesca y de la más robusta salud, sufrió una caída del caballo indómito que montaba y recibió una grave contusión en la cabeza, que le volvió inmediatamente insensible. El cráneo había sido ligeramente fracturado, pero no se temía ningún peligro inmediato. Le hicieron, con éxito, la trepanación; lo sangraron y le prestaron todos los cuidados médicos que el caso requería. Sin embargo, cayó poco a poco en un estado de insensibilidad cada vez más desesperado, al punto que se le creyó muerto.

Como era tiempo muy caluroso, lo enterraron con precipitación indecente en uno de los cementerios públicos. Los funerales tuvieron lugar un jueves. El domingo siguiente, como de costumbre, una gran multitud visitó el cementerio. A eso del mediodía la emoción de los visitantes se excita vivamente al oir a un campesino declarar que, habiéndose sentado en la tumba del oficial, había oído una conmoción en el suelo, como si alguien se debatiese bajo tierra. Al principio no hicieron mucho caso de lo que el hombre decía; pero su terror evidente, su obstinación en sostener su afirmación, produjeron pronto en la multitud su efecto natural. Alguien trajo palas, y el féretro, que estaba casi a flor de tierra, fué abierto en pocos minutos y apareció la cabeza del difunto. Tenía toda la apariencia de un muerto, pero estaba casi incorporado dentro del féretro, cuya tapa había levantado a medias con sus furiosos esfuerzos.

Lo transportaron inmediatamente a un hospital vecino, donde los médicos declararon que todavía vivía, aunque en estado de asfixia. Pocas horas después volvía por completo a la vida, reconocía a sus amigos y hablaba en lenguaje ininterrumpido de las agonías que sufriera en la tumba.

De su relato resultó claramente que había tenido conciencia de su estado durante más de una hora después de su inhumación, antes de caer en la insensibilidad. El cajón había sido cubierto por un poco de tierra excesivamente porosa, lo que permitía al aire penetrar hasta él. Oyó los pasos de la gente sobre su cabeza y trató de hacerse oir a su vez. Fué ese ruido de pasos, decía, lo que probablemente lo había despertado y en seguida se había dado cuenta entera del horror sin igual de su situación.

Ese infeliz, se restablecía y estaba en vías de sanar definitivamente cuando murió víctima de la charlatanería de los experimentos médicos. Le aplicaron una batería galvánica y expiró de pronto en una de esas crisis extáticas que la electricidad suele provocar.

Lo que ahora voy a decir procede de mi propio conocimiento, de mi experiencia positiva y personal. Durante años he sido víctima de esa curiosa enfermedad que los médicos llaman catalepsia, a falta de un término más apropiado. Aunque las causas, tanto inmediatas como predisponentes de ese mal y sus diagnósticos mismos estén todavía rodeados de misterio, sus caracteres aparentes son conocidos. Sus variedades no son más que variedades de grado. A veces el paciente permanece un solo día, o menos tiempo aún, en una especie de sueño letárgico. Pierde la sensibilidad y el movimiento, pero los latidos del corazón son débilmente perceptibles; quedan algunas huellas de calor; un ligero tinte da color al centro de las mejillas; y si le aplicamos un espejo a los labios, podemos descubrir cierta acción de los pulmones, acción lenta, desigual y vacilante. Otras veces la crisis dura semanas enteras y hasta meses; en este caso el examen más escrupuloso, las pruebas más rigurosas de los médicos no pueden establecer una distinción sensible entre el estado del paciente y el que estamos acostumbrados a considerar como el propio de la muerte absoluta. Generalmente se libra de ser enterrado prematuramente gracias a sus amigos que saben que es víctima de la catalepsia y sobre todo, a la ausencia de todo síntoma de descomposición. Los progresos de la enfermedad son, felizmente, graduales y equívocas las primeras manifestaciones, aunque bien marcadas. Los accesos se hacen sucesivamente cada vez más definidos y prolongados. En esta gradación existe la mayor seguridad contra la inhumación. El infeliz cuyo "primer" ataque revista los caracteres extremos, lo que a veces ocurre, estaría inevitablemente condenado a ser enterrado vivo.

Mi propio caso no difería, en ninguna particularidad importante, de los casos mencionados en los libros de medicina. A veces, sin causa aparente, caía poco a poco en un estado de semisíncope o de semidesmayo, y permanecía en este estado sin dolor, sin poder moverme, sin siquiera pensar, pero conservando una conciencia obtusa y letárgica de mi vida y de la presencia de las personas que rodeaban mi lecho, hasta que la crisis de la enfermedad me restituía a un estado de sensación perfecta. En otras ocasiones me sentía atacado súbita e impetuosamente. Se apoderaba de mí una sensación de languidez, de abotargamiento, acompañada de escalofríos y aturdimiento que me abatía por completo. Entonces, durante semanas enteras, todo era para mí vacío, negro y silencioso. La nada absoluta reemplazaba al universo. Sin embargo, despertaba de estos ataques poco a poco y con una lentitud proporcionada a la rapidez del ataque.

A parte de esta predisposición a los accesos, mi salud general parecía buena y no podía advertir de que estaba afectada por ese mal predominante, a menos de considerar como su efecto una idiosincrasia que se manifestaba ordinariamente durante el sueño. Al despertarme no lograba recuperar inmediatamente la plena y entera posesión de mis sentidos y permanecía siempre algunos minutos en un gran desvarío y una profunda perplejidad. Mis facultades mentales en general y sobre todo la memoria, quedaban entonces suspendidas.

Y en esto no había sufrimiento físico, sino una infinita angustia moral. Mi imaginación era un verdadero osario. No hablaba más que de "gusanos, tumbas y epitafios". Me extraviaba en reflexiones fúnebres y la idea de ser enterrado vivo no se alejaba jamás de mi cerebro. El espectro del peligro a que estaba expuesto me perseguía día y noche. Durante el día esa idea era para mí una tortura y por la noche una agonía. Cuando la horrenda obscuridad envolvía la tierra, el horror de esa obsesión me sacudía como sacude el viento el plumero de un coche funerario. Y cuando la naturaleza no podía ya resistir al sueño, me entregaba a él con violenta repulsión, estremeciéndome al pensar que acaso al amanecer sería habitante de una tumba. Sucumbía al sueño y era para ser arrastrado a un mundo de fantasmas sobre el cual gravitaba, con sus vastas alas sombrías, mi idea sepulcral.

Entre las innumerables pesadillas que me atormentaban así durante el sueño, recordaré una sola visión.

LA COMPLEJIDAD DE LA HISTORIA



El perro.—¿Quiere tener la bondad de referirme la historia de su vida?
El gato.—¿De cuál de ellas, señor?: tengo siete.

Me pareció que estaba sumergido en una crisis cataléptica más larga y profunda que de costumbre. De pronto sentí caer sobre mi frente una mano helada y una voz impaciente y mal articulada murmuraba a mi oído esta palabra: "Levántate".

Me incorporé rápidamente. La obscuridad era completa. No podía ver el rostro del que me había despertado. No podía recordar ni el tiempo en que había caído en la crisis ni el sitio en que entonces me tendí. Mientras que, siempre sin movimiento, trataba penosamente de ordenar mis ideas, la mano fría me tomó con violencia de la muñeca y la sacudía brutalmente al tiempo que la voz mal articulada repetía:

—Levántate. ¿No te he ordenado que te levantes?

—¿Quién eres tú?

—No tengo nombre en las regiones que habito—continuó la voz lúgubremente.—Era mortal, pero soy un demonio. Era sin piedad, pero estoy lleno de compasión. Tú sientes que estoy temblando. Rechinan mis dientes mientras hablo, pero no es por el frío de la noche, de la noche sin fin. Este horror es intolerable. ¿Cómo puedes dormir tranquilo? No puedo reposar oyendo el grito de esas grandes agonías. Verlas, es más de lo que puedo soportar. Levántate. Ven conmigo por la noche y déjame que te revele las tumbas. ¿No es un espectáculo lamentable? Mira.

Miré. La figura invisible, aferrándome siempre por la muñeca, había hecho abrir las tumbas de la humanidad, y de cada una de ellas salía una débil fosforescencia de descomposición que me permitía llevar la mirada hasta los más secretos ámbitos y contemplar los cuerpos, envueltos en los sudarios, en su triste y solemne sueño en compañía de los gusanos... Pero los que dormían con verdadero sueño eran millones de veces menos numerosos que los que no dormían. Se produjo un leve movimiento y en seguida una agitación dolorosa y general. De las profundidades de las innumerables fosas llegaba un melancólico susurro de sudarios. Y entre los que parecían descansar tranquilamente, vi que muchos habían modificado más o menos la rígida e incómoda posición en que se les enclavara en las tumbas. Y mientras miraba aquello me dijo: "¿No es, en verdad, un espectáculo doloroso?" Antes de que hubiese podido hablar una palabra de respuesta, el fantasma había cesado de oprimirme la muñeca, las luces fosforescentes expiraron y las tumbas se cerraron violentamente de pronto, mientras de las profundidades surgía un tumulto de gritos que repetían: "¡No es, en verdad, Señor, muy doloroso?"

Esas apariciones fantásticas que me asaltaban por la noche, extendieron pronto a mis horas de vigilia su terrorífica influencia. Mis nervios se relajaron por completo y fuí presa de un horror perpetuo. No me decidía a ir a caballo, a caminar, a entregarme a un ejercicio que me hubiese obligado a salir de casa. Jamás me atrevía a aventurarme fuera de la presencia inmediata de los que conocían mi disposición a la catalepsia, por temor de que, cayendo en uno de mis accesos habituales, fuese enterrado sin que a nadie se le ocurriera verificar mi verdadero estado. Llegué a dudar de la solicitud y de la fidelidad de mis amigos más queridos.

Imaginé toda una serie de precauciones minuciosas. Entre otras cosas, hice refaccionar la bóveda de mi familia, de manera que pudiese ser abierta fácilmente desde el interior. Ordené disposiciones para dejar acceso libre al aire y a la luz y coloqué receptáculos apropiados para el alimento y el agua al alcance inmediato del féretro en que debía ser encerrado. Hice construir un féretro especial, un féretro almohadonado y provisto de un mecanismo que, como el de la puerta, permitiera ser abierto al menor movimiento que se hiciera en su interior. Además hice colocar en lo alto de la bóveda una gran campana, cuya cuerda debía pasar por un agujero al interior del cajón y estar atada a una de mis manos. Pero ¿de qué valen todas las precauciones contra el destino? Todas esas medidas de seguridad tan bien combinadas debían ser impotentes para salvar de las más extremadas agonías a un infeliz destinado a ser enterrado vivo...

Llegó un momento en que, como había ocurrido otras veces, al despertar de una inconsciencia total, sentí sólo un vago y débil sentimiento de existencia. Lentamente recobraba la inteligencia la indecisa luz del día. Me oprimía un malestar abotargador, la sensación apática de un dolor sordo, y una extraña ausencia de inquietud, de esperanza y de esfuerzo. Luego, después de un largo intervalo, un campanilleo en los oídos, y después de otro intervalo, aun más largo, una sensación de hormigueo en las extremidades; sucedió a esto un período de quietud voluptuosa, y durante el cual mis sentimientos, al despertarse, trataban de transformarse en ideas; luego una breve caída en la nada absoluta, seguida de una vuelta súbita a la semiconsciencia. Por último, un leve temblor en los párpados e inmediatamente el sacudimiento eléctrico de un terror mortal, indefinido, que precipita a torrentes la sangre de las sienes al corazón.

Después, el primer esfuerzo positivo para pensar, la primera tentativa de recordar. Resultado parcial y fugitivo. Pero pronto la memoria recobra su dominio, al punto que, en cierta medida, tengo conciencia de mi estado. Siento que no me despierto de un sueño ordinario y recuerdo que suelo ser víctima de la catalepsia. Y pronto, en fin, como por un desbordamiento de océano, mi espíritu palpitante queda sumergido por el pensamiento del peligro único y espantoso, por la idea única, espectral, que todo lo invade.

Durante los pocos minutos que siguieron a esa pesadilla permanecí sin movimiento. No tenía valor para moverme; no me atrevía a hacer el esfuerzo necesario para darme cuenta de mi destino. Y, sin embargo, había algo en mi corazón que me murmuraba "que era cierto". La desesperación, una desesperación tal que ninguna otra desgracia puede inspirar a un ser humano, me obligó tras larga irresolución a levantar los párpados pesados. Los alcé, Todo era negro, negro... Reconocí que el ataque había pasado, que la crisis había terminado hacía largo rato, que recobraba el dominio de mis facultades visuales... Y, sin embargo, todo era negro, muy negro, con la intensa y completa obscuridad de la noche que jamás concluye.

Traté de gritar y mis labios y mi lengua secos se movieron convulsivamente a la vez en este esfuerzo... Pero ninguna voz pudo surgir de las cavernas de los pulmones, que oprimidos como bajo el peso de una montaña se abrían y palpitaban con el corazón en cada una de mis penosas y entrecortadas aspiraciones.

El movimiento de las mandíbulas, en el esfuerzo que hice para gritar, me demostró que estaban ligadas, como se acostumbra ligarlas a los muertos. Sentí también que estaba tendido sobre algo duro y que una substancia análoga comprimía fuertemente mis costados. Hasta entonces no me había atrevido a mover los miembros. Alcé los brazos violentamente y chocaron violentamente contra una materia sólida, una pared de madera, que se extendía encima de mí y que estaba separada de mi cara por sólo seis pulgadas. Entonces no dudé más: estaba dentro de un féretro.

Pero en medio de mi infinita desgracia me visitó el ángel de la esperanza: pensé en las precauciones que había adoptado. Me debatí e hice muchos movimientos espasmódicos para abrir la tapa del cajón. Esta resistió sin ceder en lo más mínimo. Me tanteé la muñeca para buscar la cuerda de la campana y no hallé nada. La esperanza huyó para siempre y la desesperación, todavía más horrible, reinó triunfante. Sin quererlo, comprobé la falta del almohadonado con que había hecho forrar el cajón; y de pronto, me llegó el olor fuerte y particular de la tierra húmeda. La conclusión era irresistible. No estaba en la bóveda de mi familia. Sin duda había sufrido un ataque fuera de mi casa, entre extraños, no recordaba cómo ni cuándo, y me habían enterrado como a un perro, metido en un cajón vulgar, y arrojado profundamente y para siempre, en una fosa ordinaria y sin nombre.

Cuando esta espantosa convicción penetraba hasta las profundidades más secretas de mi alma, traté, una vez más de gritar con todas las fuerzas; y esta vez lo conseguí. Un grito prolongado y salvaje, un aullido de agonía, resonó a través de la noche subterránea.

—¡Eh!, ¿qué hay ahí abajo?—dijo una voz malhumorada.

—¿Qué diablos tiene?—dijo otra.

—¿Quiere callarse de una vez?—agregó una tercera.

—¿Qué le pasa para chillar de esa manera como una gata en celos?—oí decir a otro.

Y poco después me sentí sacudido sin ceremonias por unos cuantos individuos mal enfachados. No me despertaron, pues estaba perfectamente despierto cuando lancé el grito, pero me restituyeron a la plena posesión de la memoria.

Esta aventura ocurrió cerca de Richmond, en Virginia. Acompañado de un amigo había salido de caza y durante algunas millas caminamos siguiendo las orillas del río James. Al caer la noche fuimos sorprendidos por una tempestad. El camarote de un pequeño "sloop", anclado junto a la ribera, fué el único refugio aceptable que se nos presentó. Nos acomodamos como pudimos y pasamos la noche a bordo. Dormí en una de las dos únicas hamacas que había en el barco y creo inútil decir lo que son las hamacas de un sloop de sesenta toneladas. La que yo ocupaba no contenía ninguna ropa de cama; su mayor ancho era de dieciocho pulgadas y la distancia desde el fondo al techo que la cubría exactamente de la misma dimensión. Con dificultad logré meterme en ella. Sin embargo, dormí profundamente, y el conjunto de mi visión, pues no era ni un sueño ni una pesadilla, provino naturalmente de las circunstancias de mi posición, del giro ordinario de mis pensamientos y de la dificultad, a que ya hice alusión, de ordenar mis sentidos, y sobre todo, de recobrar la memoria durante un rato después de haberme despertado. Los hombres que me habían sacudido eran los tripulantes del sloop y algunos campesinos contratados para descargar el barco. El olor de la tierra procedía de la carga del barco que precisamente transportaba tierra. Por último, el vendaje de las mandíbulas no era más que un pañuelo con que me había envuelto la cabeza, a falta de mi gorro de dormir acostumbrado.

Sin embargo, es indudable que las torturas que sufrí igualaron en todo, excepto en la duración, a las de un hombre realmente enterrado vivo. Fueron espantosas, mucho más espantosas de lo que se puede concebir. Pero del mal surgió el bien: su exceso mismo produjo en mí una revulsión inevitable. Mi espíritu adquirió equilibrio. Viajé por el extranjero; me entregué a ejercicios vigorosos; respiré el aire puro del cielo; pensé en cosas muy distintas a la muerte; dejé a un lado los libros de medicina; quemé a "Buchan"; no volví a leer los "Pensamientos nocturnos" y sobre todo, nada de cuentos terribles... como éste. En resumen me convertí en un hombre nuevo y viví como hombre. Desde esa noche memorable, dije adiós para siempre a mis aprensiones fúnebres y con ellas desapareció la catalepsia que acaso era más la consecuencia que la causa de ellas.

Hay ciertos momentos en que, aun a las miradas reflexivas de la razón, el mundo de nuestra triste humanidad puede parecerse a un infierno; pero la imaginación del hombre no es una Caratis para explorar impunemente todos sus abismos. Es imposible considerar esa legión de terrores sepulcrales como algo de puramente fantástico, pero, semejante a los demonios que acompañaron a Afrasiab en su viaje en el Oxus, es preciso que duerma o que nos devore... hay que dejarla descansar o resignarnos a morir.

Edgardo POE.

GALANTERÍA



La dama que acaba de hundir un ojo con la punta de su sombrilla, exclama horrorizada:
—¡Dios mío!...
—No es nada, señorita: tengo otro.

Usos raros de los pañuelos

Un amigo de cierto cortesano de Luis XV, fué condenado a muerte por un crimen del cual era inocente. Ni súplicas ni ruegos consiguieron mover el corazón del obstinado monarca, y la ejecución se hubiera llevado a efecto, de no haberse presentado el verdadero criminal proclamando la inocencia del presunto reo. Pero el negro destino pesaba en la balanza del desgraciado, porque la ejecución iba a verificarse al día siguiente por la mañana y se dudaba que llegase a tiempo el regio perdón. Entonces se avisó al cortesano protector del inocente, el cual prometió hacer todo lo posible por su infeliz amigo; pero la desgracia le perseguía; el rey estaba de caza y parecía difícil encontrarle con tiempo. Sin embargo, el cortesano no perdió momento y montando a caballo partió a galope y logró encontrar al soberano en el momento de acabar con un hermoso ciervo. Expúsole en pocas palabras el objeto de su llegada, y el rey se dispuso a conceder el perdón, ¿mas cómo extender el documento sin papel ni demás útiles de escribir? El problema parecía imposible de resolver, hasta que se le ocurrió a Luis XV una idea luminosa: sacar el pañuelo del bolsillo, y con la punta del cuchillo de monte, mojado en la sangre de la recién muerta res, trazar unas líneas rojas y rubricar el extraño documento, concediendo el perdón.

En más de una ocasión se han empleado los pañuelos para difundir determinados conocimientos, y nada menos que en tiempos de la reina Ana de Inglaterra, se usaron para que los súbditos se enterasen del discurso de la corona leído en el parlamento el 5 de abril de 1710. Tan original costumbre se siguió durante todo aquel reinado, y aún después, se conmemoraron de igual modo el tratado de Utrecht y las victorias de Marlborough sobre los franceses.

En época mucho más reciente se ha multiplicado un periódico impreso en tela, con tinta especial que se borraba fácilmente, mojándola; de suerte que después de leído el número no había más que mojarlo en cualquier fuente pública y se encontraba el lector con un pañuelo de bolsillo, blanco y de buen tamaño.

Después de la rebelión de 1745 en Inglaterra, se repartieron infinidad de pañuelos con los retratos y filiaciones de algunos partidarios del pretendiente que habían logrado ponerse en salvo, a fin de facilitar su captura. A esto respondieron los defensores de la causa del Estuardo repartiendo entre los de su facción otros pañuelos con el retrato del rey Jorge, destinados a cierto uso nada noble.

Colaboración espontánea

Madrigal

(Para Alfonsina Storni, poetisa).

A la leve copa de tus labios rojos,
Avida de dicha, loca de emoción,
Vendrá toda henchida de ingenuos antojos
La paloma blanca de mi corazón.

Y tú, cual corola de lirio de seda,
Como el tibio soplo de brisa oportuna,
Temblarás acaso voluptuosa y leda,
Hecha de eucarísticas nieves de luna.

Luego tus mejillas — invioladas rosas —
Sentirán el dulce temblor de mis besos
Prófugos y alados como mariposas...

Pero al fin, ¡oh amiga! triste en su ilusión!
Volará a otra copa, en busca de excesos,
La paloma blanca de mi corazón!

Santos AGUILERA.

Ella

(Del libro "Horas vividas" que aparecerá en breve)

Eche no mas, pulpero, otra ginebra,
Eche, y hasta el borde de la copa llene.
Que aquí en el fondo de mi pena está ella,
Y su recuerdo a conturbarme vuelve.

Mil voces que no sé de donde llegan
Propagan que me engaña, que es perjura,
Consulto el sentimiento y él lo niega,
Recurro a la razón, surge la duda.

Quiero ahogar en alcohol la cruel venganza
Que anhela ejecutar la ofensa mía,
Matarla así friamente, me amilana...
¿Cómo herirse a sí propio en carne viva?

La quisiera borrar del pensamiento
La pretendo arrancar del pecho mío,
Que hasta en las chispas del licor benévolo
Su imagen obsesiona mis sentidos.

Mis ojos están turbios y el mareo
En negro torbellino me arrebata
Y mientras airado exclamo: ¡la detesto!
Trémula vibra de ternura mi alma.

Mi mente está nublada, me ha vencido
La pena, la pasión y la ginebra.
Escucho el corazón en sus latidos...
Y esclavo el corazón late por ella.

Alcánceme, pulpero, otra ginebra
Quiero mostrarme varonil y altivo,
Para que ignore lo amargo de mis penas
La ingrata que ocasiona mi martirio.

Teófilo C. CHIESA.

Corazón cobarde

Yo quisiera corazón,
corazón lleno de penas,
que rompieras las cadenas
que te atan a esa ilusión,
hacia donde en procesión
van tus quejas, una a una,
como van a la laguna
en las noches estivales,
el canto de los zorzales
y los rayos de la luna.

Yo quisiera verte inerte,
sin vida dentro del pecho,
por tus dolores deshecho,
en el frío de la muerte.
Corazón, quisiera verte
hecho todo corazón,
impasible a la traición,
hierro fuerte en tus dolores,
fiero para los traidores
y avaro para el perdón.

Así sentirte quisiera,
así, corazón cobarde,
que te entregaste una tarde
todo entero a una quimera.
Los instintos de una fiera
quisiera darte por ver
si así pudieras tener
fuerzas para convertir
en olvido tu sufrir
y en desprecio tu querer.

Pero nunca olvidarás,
te conozco, corazón,
porque pagas la traición
amando cada vez más.
Te conozco, morirás,
pero morirás ufano,
bendiciendo aquella mano
besando sus dedos crueles,
como mueren los claveles
en las tardes de verano.

Samuel Zoilo GONZALEZ.

Clavel

De un rojo lujuriante de sangre es el color
que ostentas con la pompa de una reina oriental
y eres como el epílogo del drama de amor
de una trágica y honda leyenda medioeval.

El femenil encanto de un labio virginal
encierra en sus matices tu mágico esplendor
pareces una boca que, lasciva y sensual,
fué por Dios en castigo transfigurada en flor...

Tienes color de símbolo, de trágico emblema
y pareces cuando abres la prisión de tu gema
una aurora preñada de purpúreo arrebol.

Eres ígneo destello de rojo rosicler
y eres como la ardiente boca de una mujer
que ríe a las caricias voluptuosas del sol...

Miguel MARTOS.

El canto de mi amor

Amo cruzar alegres ciudades campesinas,
Hablar con los labriegos de rústico ademán,
Hacerme confidente de todas sus rutinas
Y verlos con qué gozo hacia el trabajo van.

Amo escuchar la dulce canción de la fontana
En un jardín ameno, bello y primaveral,
Mientras la blanca luna en florida ventana
Va tejiendo las mallas de algún tul ideal.

Amo mirar los rostros nostálgicos de amores,
Los ojos melancólicos de las costureritas
Que dicen mudamente de todos los dolores,
Y todas las angustias de sus almas benditas.

Amo en las mañanitas dulces, primaverales,
Antes que el sol derrame sus oros por la tierra,
Gozar a campo abierto las horas augurales,
Cual ave que deslíe su cántico de guerra.

Amo en las frescas tardes del ardoroso estío,
Junto a un arroyo límpido, fino, murmurador,
Escuchar plenamente el encantado trío
Del canto del arroyo, boyero y ruiseñor.

Amo tener opresas entre las manos mías
Las inocentes manos de los pequeños niños,
De esos que en la vida son flores, armonías,
Son luces y fragancias, purezas y cariños.

ESOS TRANGÜEROS



La dama.—Por qué no para cuando le hago señal con la mano?
El conductor de tranvía.—Creí que me estaba tirando besos.

Amo luchar con alma por una Santa Idea
De redención humana, de paz y de igualdades;
Por una Santa Idea que alumbra y que chispea
Y orienta los cerebros de fofas nulidades.

Amo beber en labios frescos, invitadores
Un poco de perfume de voluptuosidad,
Sentir sobre los míos los cálidos ardores
De labios virginales que calmen mi ansiedad.

Amo a los paladines de causas superiores
A aquellos que no temen las furias del vulgar,
Los hierros de la cárcel, ni los abrumadores
Ensañamientos trágicos del sable policial.

Amo mirar los largos caminos de la aldea
A cuya vera crecen enhiestos eucaliptos,
Caminos de recuerdos donde la gloria humea
Pretéritas hazañas o llantos de proscriptos.

Amo aspirar a plenos pulmones el aroma
que destilen la tierra removida, el romero,
El macachín y el trébol, cuando la aurora asoma
Poniendo por el campo un tono placentero.

Amo pasar las horas de la siesta, en verano,
— Cuando un bochorno llena las almas y el ambiente
Y la torcaz arrulla en un árbol cercano —
Jugando con los niños, casi inocentemente.

Amo pensar que un día mi sueño peregrino,
El sueño que obsesiona mi alma visionaria
Será verdad y todas las cosas del camino
Florecerán en lirios al son de mi plegaria.

Amo escribir mis versos humildes y sencillos
Que dicen de una grande pasión incontenida;
Mis versos que golpean con furias de martillos
Sobre las milenarias rutinas de la vida.

Y amo por sobre todo, con sublimal cariño,
A Ella, la sagrada, que ésta mi vida llena
De afectos, de momentos más blancos que el armiño,
A mi querida Madre, mi Santa Madre buena.

Carlos L. SCHMAHL.

Sombras

En el umbral de la existencia un día,
llamé con un gemido;
y al besarme feliz la madre mía
guardó amorosa mi primer quejido.

Hoy la virgen de mis sueños, "Ella"
que con amor mi corazón subyuga,
tan dulce como bella
mi primer llanto de pesar enjuga.

Sin mi madre mañana y sin que me ame
"Ella", por quien deliro,
cuando a las puertas del sepulcro llame,
¿habrá quien guarde mi postrer suspiro?

Guido ADEMARO GUIDI.

El niño mendicante

Cuenta sólo dos años. En brazos de la madre
recorre los portales de un amplio bulevar.
Desde aquel día aciago que murió su buen padre
haga calor o frío tiene que mendigar.

Hay en sus ojos tristes una expresión de angustia;
y como todavía no sabe pedir pan,
con la melancolía de su mirada mustia
implora la humillante limosna que le dan.

En su carita hermosa palpita una indecisa
palidez; en su boca nunca reinó la risa;
¡la madre lo amonesta si pretende jugar!...

— Doliente pequeñuelo, desventurado, escucha:
no vayas a la puerta de mi humilde casucha,
¡no vayas a mi puerta porque me harás llorar!

Ecio ROSSI.

Las cadenas del tormento

El amor de una mujer
que nos hace tan dichosos,
que con besos amorosos
nos deleita de placer

Es el dulce florecer
de los retoños hermosos,
que frescos son olorosos
y amargos al fenecer.

En los brazos de la amada
que me brindó enamorada
sus brazos, alma y amor,

sentí como la condena
por el placer, la cadena
que hace la dicha dolor.

Alfredo MOZZI.

Novia de vacaciones

Novia mía de vacaciones
¿nos volveremos a encontrar
cuando vayamos por el mundo
estando a punto de olvidar?

Estando a punto de olvidar
que en el estío tibio y rosa
amor eterno nos juramos
cabe la sierra rumorosa.

Cabe la sierra rumorosa
por donde juega el arroyuelo,
como una gran sierpe de plata,
bajo el profundo azul del cielo!

Bajo el profundo azul del cielo
que propiciaba nuestro amar...
Novia mía de vacaciones
¿nos volveremos a encontrar?

Oscar Bernardo MOYANO.

Fior dei ghiacci

Pálida, tan pálida que inspiraba frío...
Lánguida cual rosa que su amor rindió
al hermoso duque de alas tornasoles
que jamás volvió....

Siempre sonriente, con sonrisa triste,
que confiesa el llanto de un fiel corazón
que amó con locura a un galán hermoso
que jamás volvió...

Dulce y silenciosa, con dos ojos grandes,
de azulino lago la tersa visión,
que esperaban siempre al fiel caballero
que jamás volvió...

En su voz cansada tremolaba un ruego
al subir al cielo su blanca oración...
¡es que siempre oraba por el caballero
que jamás volvió!...

Hasta su castillo llegóse una tarde
triste mensajero de ignota región
y en su idioma dijo que el duque había muerto
y jamás volvió!...

Y en su pecho débil un fantasma inmenso
fué creciendo siempre como su dolor...
y huyó la alegría del castillo blanco
¡y jamás volvió!

Una tarde fría, del doliente otoño,
sobre el manto blanco, de la nieve, el sol
derritió una lágrima de lejano llanto
y en el mar se hundió...

Y el fantasma entonces en mortal silencio
sus alas tendiendo, besó el corazón
de la flor marchita que al helado soplo
su tallo dobló...

Y el castillo blanco transformado en rosa
sirve de atalaya a una fiel visión
que esperando sigue al fiel caballero
que jamás volvió!...

Elekis de ULTRAMAR.

Un "Diario de Sesiones" epistolar

Curiosa costumbre inglesa.

A todo extranjero que visite la Biblioteca Real del castillo de Windsor (Inglaterra), le llamará seguramente la atención una larga serie de estantes que contienen prolongadas filas de libros encuadernados lujosamente.

Las tapas son dignas del contenido, pués encierran una colección de cartas de gran valor histórico, escritas todas ellas por los "leaders" (jefes de la mayoría) de la Cámara de los Comunes, y dirigidas al soberano reinante. Puede decirse que ni un solo día, en el transcurso de ciento cuarenta años, ha dejado de recibir el rey una carta de las que allí se conservan, entre las que figuran muchas que ostentan la firma de políticos tan célebres como Pitt, Fox, Canning, Palmerston y otros no menos importantes.

El iniciador de tan curiosa correspondencia, que constituye un "Diario de Sesiones", fué el rey Jorge III, quien en el año 1767 ordenó a Lord North, "leader" a la sazón de la Cámara de los Comunes, que le escribiese diariamente dándole cuenta de los sucesos e incidentes ocurridos durante la cotidiana sesión. Desde entonces, ningún "leader" ha dejado de cumplir aquella orden, y la costumbre se ha transmitido de legislatura en legislatura.

Algunos "leaders", especialmente Disraeli, se sentían verdaderamente orgullosos de desempeñar tan enfadosa obligación, y dejaban todo por ocuparse de la carta. Cuéntase que Disraeli se ponía en actitud muy solemne cuando extendía el papel sobre las piernas, y con aire de reverencia cogía la pluma para dar comienzo a "su humilde tarea" de dar cuenta a la reina de todo lo que sucedía en torno suyo, con un estilo lleno de encanto y vida propios del talento de un consumado maestro, como él lo era.

La costumbre de escribir la carta al rey sobre una carpeta de papel secante puesta sobre las rodillas durante los debates la instituyó Peel, y nadie ha tratado de abolirla.

Mr. Gladstone era esclavo de su obligación en lo referente a la carta para el monarca, y no contento con aprovechar todos los momentos que le dejaban libre los debates para añadir unas líneas a la misiva, se iba luego a una mesa de escritorio de las galerías y seguía escribiendo sin ocuparse del ruido que armaba la gente que salía en tropel.

Las cartas de éste, como las de los otros estadistas, fueron escritas en muchas ocasiones cuando en la Cámara reinaba extraordinaria agitación. Tal sucedió en junio de 1885, cuando fué derrotado. Dicho día acabó de escribir la carta anunciando a la reina lo que ocurría, mientras en torno suyo los diputados vociferaban y agitaban los sombreros, presa de un verdadero delirio.

Escultor por el tacto

En la segunda mitad del siglo XVI, según refiere Aldrovando, vivía en la Toscana un escultor llamado Juan Gambasio, el cual quedó ciego a la edad de veinte años. A pesar de tan sensible desgracia, puso todo su empeño en seguir trabajando, y después de algunos ensayos, logró hacer las copias tanteando los originales.

Con el tiempo, llegó Gambasio a poseer un tacto tan desarrollado que, como si tuviese ojos en las puntas de los dedos, reproducía el original con mayor perfección que cuando gozaba de vista.

Una de las obras que hizo de este modo, fué la copia de una estatua en mármol de Cosme de Médicis, duque de Florencia. La exactitud de la reproducción causó tal asombro en cuantos la vieron, que el duque envió inmediatamente al escultor a Roma, para que hiciese una estatua del papa Urbano VIII. Este último trabajo lo hizo Gambasio todavía con mejor éxito, valiéndose siempre del tacto, y le mereció pasar de la categoría de obscuro artífice a la de artista considerado y admirado por todos sus compatriotas.

Carlos Garófalo



Acaba de regresar al país el joven Carlos Garófalo, uno de los que formaron en la honrosa legión de argentinos que voluntariamente rindió tributo de sangre a la causa de la justicia.

Oficial de reserva del ejército argentino, el señor Garófalo, se embarcó con destino a Italia, y a su llegada encontró grandes inconvenientes para incorporarse al ejército italiano, debido a las medidas adoptadas con objeto de combatir los numerosos espías. Gracias a la intervención del mayor cav. Juan Rognoni, del 12 de caballería, el señor Garófalo pudo conseguir su propósito alistándose en el 4.° regimiento de artillería de campaña. Poco después era promovido al grado de sargento por actos de arrojo en el campo de batalla, donde fué herido en dos ocasiones. Ascendido a subteniente, cayó prisionero en 1917, y, fingiéndose loco, logró escapar de su confinamiento en Mathausen (Austria), gracias a su audaz artimaña.

LA PRUEBA QUE NO RESULTÓ



El prestidigitador.—Ahora verán, señores y señoras, cómo este papel de cincuenta centavos pasará al bolsillo de este joven.

El chico.—No tengo más que cuarenta centavos de los cincuenta que me dió. Me gasté diez antes de entrar.

Notas femeninas

Las túnicas





Una de las muchas fantasías del momento, la más apreciada por todas nosotras, es, sin discutir, las actuales túnicas, que reunen ellas solas las cualidades prácticas que se prestan a múltiples transformaciones.

La mayoría de las túnicas no varían casi nada de las casacas semilargas; pero, en cambio, sientan mucho mejor y no están llamadas a caer, como éstas, en la vulgaridad.

Bajas o altas, gruesas o delgadas, todas las señoras pueden llevar la túnica, modificando el largo y los adornos, según el tipo y la estatura de cada una.

Las que sean bajas, harán sus túnicas lo más largas posible, evitando hacerlas pesadas y adornarlas con anchas bandas de pieles, aunque estén de moda, como sucede en este momento. Podrán, eso sí, bordar las esquinas o bien adornar las aberturas de los costados, por medio de una fina línea de piel, de pequeños botoncitos chatitos de nácar fantasía, tal como si fueran unos "cequis"; es decir, metidos o cosidos uno encima del otro.

Las trencillas de seda de diferentes anchos y dibujos, los bordados a las bandas de pieles superpuestas, no importa que no sean del mismo ancho, pueden ser empleadas y llevadas por las personas altas.

Para que mis lectoras puedan darse una idea exacta de lo que son estas encantadoras túnicas, a dos fines, he reunido expresamente para ellas dos modelos, a y b. El primero puede ser llevado para visitas, para la noche, para teatro o reuniones íntimas, cerrado en el primer caso y abierto en el segundo, lo que cambia por completo de aspecto.

Si queréis, amables lectoras, vamos a examinar juntas nuestros bonitos modelos. La túnica B es muy "flone"; el jersey de seda, el terciopelo muselina, son muy indicados para su ejecución; pero su precio algo elevado, en pequeño ancho, no permite a todas darle la preferencia. En cambio, el paño de seda, el satin, el crêpe de Chine, así como también el ligero crêpe "Georgette" se prestarán igualmente, como el jersey o el terciopelo de seda para esta hechura tan sencilla como bonita.



El jersey de lana es a mi ver más práctico, pues se necesita nada más que un solo alto, tratándose de un género de 1 metro 80 de ancho.

El delantero es liso y los costados y trasero van montados en frunces sobre un fino "gansé", a tres centímetros debajo del talle. Un cinturón angosto que pasa dentro de unos ojales, a cada costado del delantero, ajusta y aprieta la amplitud, anudándose atrás. Una serie de ojales que salen de arriba del cuello hasta abajo del ruedo de la túnica, hacen todo el adorno y la elegancia requiere mucha práctica por ser un trabajo muy minucioso. Podéis suplirlo adornando el borde con pequeñas bridas de terciopelo hechas con un cordón de algodón. Cada brida va fijada por separado entre los dos dobles del género y forro. El interior del cuello y puños, son en satin blanco. Unas tiras de "putois" o "petit-gris", adornan el bajo de la túnica, cuello y bajos de las mangas.

El modelo A es más escotado y por consiguiente se pasa por la cabeza, pues no tiene otra abertura. Las costuras que reunen el kimono, debajo de los brazos, abotonan hasta la mitad de la túnica hacia abajo. La "guimpe" es de jersey de seda en tono claro, con un pequeño cuello volcado que es independiente de la túnica. Esta "guimpe" va montada sobre un forro que hace veces de viso, donde va pegada la banda o falda y las mangas.

Para los adornos voy a limitarme a señalarles algunos, dejando a cada cual su gusto personal; son preferibles y de más chic, que los vistos en las grandes tiendas.

Los bordados pueden siempre ser novedades si siempre están bien colocados e ideados.

Por de pronto la lana Angora hace furor y me temo que pronto la veamos agotada en las tiendas de novedades y labores. Este bordado, siendo muy ancho, tiene la ventaja de poderse sacar o cambiar pronto cuando su reinado, efímero por desgracia, haya terminado.

El azabache y los bordados metálicos son, sin discutir, mucho más ricos, siendo su efecto encantador, cuando se mezcla con ellos algo de rosa coral, o de azul turquesa, que tienen un gran sello de elegancia. Pero muchas de vosotras, estoy segura de ello, preferirán dejar a esas túnicas su cachet de sencillez, contentándose con ribetearlas con un estrecho "rouleauté" en tono claro.

Al pie de esta página tenemos también otro modelo sumamente elegante, de hechura diferente a los otros dos modelos ya explicados. Es en terciopelo negro, abriéndose sobre un "gilet" cruzado de encaje crudo. El cinturón pasa debajo de dos bandas tomadas sobre sí, formando dos "coques" a cada costado del delantero. Las mangas son un poco anchas abajo, con un forro de satin coral que se dobla sobre la manga tal como si fuera un pequeño revés. El cuello-solapa va también forrado con satin coral. Esta túnica es más corta que las dos anteriores.



La toilette túnica que vemos abajo, es en muselina de seda blanca, sobre un fondo de satin negro. Unas pequeñas tiras de skungs van dispuestas al través de la túnica y el delantero del cuerpo se abre sobre una "guimpe" chata de muselina de seda blanca, que tiene otra de color rosa en transparente. Las mangas son largas y apretadas al puño.

El modelo de arriba, que encabeza esta crónica, tiene un "fourreau" de satin blanco con mangas cortas. Tan original túnica tiene la forma de un ancho "panneau" o escapulario, reunidos entre sí por medio de un angosto cinturón que se anuda a los costados, apretando la amplitud de ellos. Esta túnica es de satin azul obscuro, finamente bordada con "soutache" blanca en el bajo del delantero y trasero. Su escote es puntiagudo, tanto adelante como atrás, con un vivo de satin blanco.

No tengo que decirlas que esta bonita toilette es reservada para las reuniones de la noche. Si queréis copiarla para de día, tenéis que suprimir algo del escote y alargarle las mangas.

A. de DAUMONT.

Agua de colonia

Damos a continuación la fórmula de un agua de colonia recomendable:

Esencia de azahar	....	9	gramos
" " romero	....	6	"
" " corteza de naranja		14	"
" " " " limón	..	14	"
" " bergamota	....	5	"

Mézclese todo, revuélvase y embotéllese cubriendo el tapón con piel de guante bien atada. Puede usarse a los ocho días, durante los cuales se agitará diariamente.

"LA CRUZ DE MARÍA"

Narración histórica rioplatense (1)

I

Una tarde, allá en Sumampa,
contóme un viejo la historia
que ahora, haciendo memoria,
voy a dar aquí a la estampa.

—¿Quiere—me dijo—saber
el por qué la gente, pía,
llama la "Cruz de María"
la que acaba usted de ver?

—Sí, señor...
—Pues, tome asiento,
y perdone si algo largo,
al satisfacer su encargo,
resulto, al contar el cuento...

Y después de un "cimarrón",
conque el viejo se "entonara",
y de otro que me brindara,
comenzó la narración.

"Eran los tiempos aquellos
en que el nativo, valiente,
pugnaba ardorosamente
por lograr días más bellos.

"Y he dicho "bellos" porque
la raza criolla, oprimida,
no era dueña ni de vida,
ni afectos, ni hasta de fe...

"El rey dictaba las leyes,
consciente de sus deberes,
mas, impíos mercaderes,
las burlaban los virreyes.

"Los nativos ni aun en sueño
podían mostrar talento,
pues decían: "que ello intento
era de insurgente empeño..."

"Y si alguien de ellos osaba—
harto ya de tanta afrenta,—
erguirse airado... su cuenta
pronto en la horca saldaba...

"¡Oh, tiempos de impía saña,
de opresión inenarrable,
que quedará, sí, imborrable
en la historia de la España!

"Pero, por fin, llegó el día
en que tanta esclavitud,
el pueblo en fiera actitud
en el abismo hundiría...

"Y aquella fecha inmortal,
refulgente, cual el rayo,
fué el "Veinticinco de Mayo"
de la historia nacional.

"Y como en esa hora fué
en que la lucha estalló,
y cual fuego se expandió
del Plata hasta el Ande al pie:

"El hombre, el niño, el anciano,
todos al grito acudieron...
¡Hasta mujeres se vieron
luchar con brío espartano!...

"Y entre aquéllos uno había
que Juan Vega se llamaba,
y cerca de aquí moraba
de su madre en compañía.

"Joven, fuerte y generoso,
al trabajo dedicado,
sólo había en él cifrado
un porvenir venturoso.

"Huérfano de amor de padre,
a quien perdió de pequeño,
era su ambición, su sueño,
hacer feliz a su madre.

"De ahí que todos le amaran
en el "pago"; y, por modelo,
los padres, con noble anhelo,
a sus hijos le mostraran.

"Mas llegó la hora, partir
fué preciso... Y marchó Vega
animoso a la refriega,
para vencer o morir...

"Y aquí viene, pues la historia
que me pidió relatar;
disculpe usted, si llorar
me viese al hacer memoria...

"Vega al irse había dejado
una novia, ¡flor hermosa!,
y a la cual hacer su esposa
si tornaba hubo jurado.

"Y bien se lo merecía,
pues la niña era tan bella,
tan virtuosa. ¡Oh, como ella
pocas, muy pocas habría!

"Imposible era no amarla
para aquel que la tratase,
como así que la olvidase
quien hubo en dicha el mirarla...

"Blanco cofre de ternura,
do iba ella iba el placer.
¡Un ángel, más que mujer,
parecía esa criatura!...

"Ya usted puede penetrar
lo que su alma sufriría,
cuando vió que Juan partía
tal vez para no tornar...

"Mas, como buena patriota,
adormeciendo el dolor—
que en el cielo de su amor
ponía su amarga nota,—

"Hablóle a su amado así:
—"Ya que la patria lo quiere,
marcha y, si preciso es, muere
bien digno de ella y de mí."

....

....

"Y Juan Vega, en la legión
de ocampo se marchó, ufano,
a libertar del tirano
secular a su nación...

"Mientras, María quedaba
orando aquí por su amante,
y el resultado triunfante
del ideal porque guerreaba.

"Pronto noticias llegaron
de los bravos que partieron,
de los encuentros que hubieron,
de los triunfos que alcanzaron.

"Y así obtuvo la muchacha
nuevas, también de su amado,
que con arrojo, logrado
hubo un galón en "Suipacha".

"Y que ora podía esperar
que licencia se le diese,
y pronto al pueblo viniese
para llevarla al altar...

"Mas un día, ¡ingrato día!,
llegó la nueva hasta aquí,
del desastre de "Guaqui",
fruto de la felonía...

"Y ella, entonces, ¡desgraciada!
supo que su prometido
también había caído
como un león en la jornada.

"¡Pobre niña! ¡Usted la viera,
cuál mudó desde ese día!...
¡Como un lirio se abatía
desde que a su amor perdiera!...

"Ella a Juan cuando se fué,
dicho habíale amorosa:
—"Si vuelves seré tu esposa,
y ¡ay! si no... ¡te seguiré!..."

"Y, fiel a su juramento,
al saber la nueva infausta,
ya de esperanzas exhausta,
dar fin quiso a su tormento...

"Vanos fueron el amor
materno, y las reflexiones
conque amigos corazones
querían templar su dolor...

"¡Nada!... Ella cumpliría
la promesa hecha a su amante:
llegado el fatal instante
pronto se le reuniría...

"Y una noche, igual a aquellas
en que mil veces, unidos,
juráronse prometidos
al claror de las estrellas...:

"Abandonando el hogar,
presa de intensa aflicción,
se dirigió al cañadón
que da nombre a este lugar:

"Y a la corriente bravía,—
aunque no cual su quebranto,—
harta ya de sufrir tanto,
se arrojó... ¡Pobre María!...

"De más está que le cuente
lo que después ocurrió
cuando el pueblo conoció
la tragedia del torrente...

"A su madre, tal tortura
el suceso le produjo
que, implacable, la condujo
muy pronto a la sepultura...

"Y es, desde entonces, la gente,
como es por aquí, piadosa,
que a orar por su alma, a su fosa,
suele acercarse, ferviente;

"Y sencilla, en su dolor,
cubrir de flores, porfía
el lugar donde María
voló en busca de su amor...

"Y esta, mi amigo, es la historia
que a su ruego referí;
perdone si algo omití...
¡Ya es tan débil mi memoria!..."

Dijo el viejo plañidero
su relato concluyendo...;
mientras la sombra tendiendo
iba su manto agorero...

Y de una iglesia lejana,
convidando a la oración,
oíase el triste son
de evangélica campana...

....

....

Mas como él no me dijera
acerca de la cruz nada,
ni de la mano apiadada
que tal signo allí pusiera:

—¿Y de la cruz, buen señor,
decirme algo no podría?...
¡Oh, yo le agradecería
en lo que vale el favor!...

Díjele, y me respondió:
—"Aunque poco de ella sé,
lo poco se lo diré
cual mi madre me contó."

Y de callar luego un rato,
cual si ahondase en su recuerdo,
—"He aquí lo que me acuerdo"—
dijo, y siguió su relato:

"Pasaron años, y un día
se vió erguido en el torrente
el signo del penitente
con esta inscripción: *¡María!*...

"Y aunque el pueblo averiguar
quiso el nombre de quién fué
aquel símbolo de fe
allí, piadoso, a clavar,

"Nada saber se logró...
pues ese rasgo entrañable,
en la tiniebla insondable
el misterio lo envolvió...

"Mas afirma la leyenda
que dicha cruz fué allí alzada
por Vega que, retornada
la paz, volvió por su prenda;

"Y al saber la triste suerte
que su novia había corrido,
allí quiso, en duelo henchido,
rendir tributo a su muerte...

"Y no es para despreciar
lo que de ello hablan aquí,
pues más de una vez oí
a criollos viejos contar:

"Que hasta hubo quien decía,
—y lo juraba—que vió
a un guerrero que se apeó
junto a ese lugar un día;

"Y luego de descubrirse,
y postrarse en oración,
a ese signo de pasión
allí alzar antes de irse...

"Y por eso se porfía
que la cruz, en la cañada,
fué por Vega colocada
en recuerdo a su María..."

II

Y aquí tienes, pues, la historia
que en Sumampa oí contar.
Lector: si sueles rezar,
cuando venga a tu memoria

esta triste narración,
entre tus preces del día,
por el alma de María
alza al cielo una oración...

Que una lágrima o, siquiera,
un recuerdo se merece
el ser que tantas vertiese
y por amar sucumbiera!...

Gontrán ELLAURI OBLIGADO.

Buenos Aires, 1919.

---

(1) Esta narración no es, como lógicamente podrían suponer los lectores, un fruto imaginativo del autor. No; es verídica, rigurosamente histórica, en todos sus detalles. Sólo que el lugar de la acción, y los nombres de los protagonistas, han sido reemplazados por otros, en atención al pedido de sus deudos, hoy en goce de una posición espectabilísima en la sociedad rioplatense (N. del A.)

FRAY MOCHO
SE PUBLICA LOS MARTES
Oficina: P. COLÓN, 1266
BUENOS AIRES

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Capital	En el exterior	En el Interior
Trimestre . . $ 2.50	Trimestre $ oro 2.00	Trimestre. . $ 3.00
Semestre. 5.00		Semestre 6.00
Año. 9.00	Semestre. 4.00	Año. 11.00
N.º suelto. . 20 cts.		N.º suelto. . 25 cts.
N.º atrasado 40 ..	Año. 8.00	N.º atrasado. 50 ..

Dirección y Administración: P. COLON, 1266.—U. T. 184. Avenida

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

El record mundial de altura en aeroplano

El comandante norteamericano R. W. Schroeder ha batido el 18 de septiembre pasado, el record del mundo de altura en aeroplano elevándose a 8.800 metros sobre el nivel del mar en Dayton (Ohio, Estados Unidos) ciudad célebre en la historia de la aviación porque en ella efectuó Wilbur Wright el primer vuelo con motor.

El aeroplano empleado por Schroeder fué un biplano Bristol con motor Hispano-Suiza de 300 H. P.; partió a la 1.45 de la tarde, en dos horas alcanzó la máxima altura, en cuyo momento se paró el motor por haberse terminado la gasolina, y descendió planeando en veintitrés minutos hasta aterrizar en un campo próximo a Canton (Ohio) por haberse desorientado a causa de las nubes que le ocultaban la tierra.

El aviador fué provisto de un aparato inhalador de oxígeno para la respiración, y la mayor dificultad que experimentó fué el frío, que llegó a ser de 62 grados bajo cero.

El motor del aparato había sido reglado convenientemente para el funcionamiento a tales alturas, y el aeroplano aligerado de todo lo que pudiera constituir una carga inútil.

La presión atmosférica a los 8.800 metros es la tercera parte correspondiente al nivel del mar, y el aeroplano empleado, para poder alcanzar semejante altura, deberá estar dotado de un motor cinco veces más potente que lo necesario para volar al nivel del mar o sea que la potencia mínima necesaria para esto sería de 60 H. P.

Cómo se descubrió el mar de Behring

Hace por ahora ciento setenta y ocho años, ocurrió en el mundo uno de esos acontecimientos que hacen época en la historia del progreso humano. Un navegante danés, al servicio de Rusia, descubrió un nuevo mar, mostró a la humanidad qué era lo que había entre el Nuevo mundo y Asia, y halló un país desconocido, que aunque triste y pobre en apariencia, estaba llamado a ser fuente inagotable de riqueza.

Hasta los comienzos del siglo XVIII, era creencia corriente que más allá de Asia, y antes de llegar a América, existía un continente, conocido sólo por referencias de los pescadores del extremo oriental de Siberia y al que llamaban Gamalandia, por el marino español Juan de Gama, que decía haber pasado junto a sus costas. En 1725, por mandato expreso del zar Pedro el Grande, organizóse una expedición al misterioso país, de cuyo mando fué encargado Vitus Behring, valeroso danés que servía en la marina rusa con el grado de capitán de segunda; pero a los cinco años, los expedicionarios regresaban a San Petersburgo sin haber hallado el país que buscaban, y hasta negando su existencia. Faltó poco para que Behring fuese tachado de imbécil. El pueblo ruso no podía, no quería convencerse de que la Gamalandia era un mito, y el navegante danés no encontró otra solución para no quedar en ridículo, que ofrecerse a hacer un nuevo viaje. La idea fué aceptada, y a principios de 1733, partía de San Petersburgo una nueva expedición, compuesta de 580 hombres, entre marinos, cosacos, naturalistas, popes, cazadores, etc., etc., todos a las órdenes de Vitus Behring. El viaje por tierra duró ocho años, pues al llegar el invierno, la caravana detenía su marcha hasta la vuelta del verano, y además era preciso construir dos barcos sobre la misma costa de donde habían de partir. Por fin, el 4 de junio de 1741, entre estampido de cañones y aclamaciones entusiastas, dos navíos, el "San Pedro" y el "San Pablo", salieron de Petropaulovsk, en la costa de Kamchatka, en dirección al supuesto continente, de cuya falsedad estaba convencido Behring.

El navegante danés iba en el "San Pedro"; el "San Pablo" mandábalo un marino ruso, Chirikoff. Nueve días después, los barcos habían recorrido 600 millas y se hallaban rodeados de espesa niebla. Gamalandia no aparecía por parte alguna, y los que más afirmaban su existencia se disponían ya a confesar su error al jefe de la expedición, cuando surgió un accidente imprevisto. Un huracán disipó la niebla, y al retirarse ésta, la tripulación del "San Pedro" se encontró con que el barco de Chirikoff había desaparecido. Buscarlo en aquellos mares ignorados era insigne locura, y Behring dió la orden de retroceder. Poco después, el marino tenía que guardar cama con los primeros síntomas de esa cruel enfermedad, terror de los navegantes árticos, el escorbuto.

Este fué el principio del fin. Capitaneado ahora por un oficial inexperto, demasiado confiado en mapas antiguos, el "San Pedro" vagó de acá para allá, hasta anclar junto a una gran isla, hoy llamada Kayak. Allí se vieron las primeras huellas de seres humanos: pisadas frescas, carbones calientes aún, armas abandonadas, pero ni un solo hombre. Los habitantes habían huído al ver llegar el buque. Behring, pálido y demacrado, subió a cubierta y dispuso levar anclas. No quería que el barco se detuviese. Había que volver a Rusia. Así siguió el viaje, yendo de isla en isla, deteniéndose en playas solitarias y desconocidas para reanudar en seguida la marcha a una orden del enfermo. Seres vivientes, no se veían otros que enormes ballenas, grandes bandadas de focas y unos extraños animales, que tenían tanto de aquéllas como de éstas, los cuales, nadando entre dos aguas, pastaban sosegadamente las algas y demás plantas marinas, lo que hizo que Steller, naturalista de la expedición, les diese el nombre de "vacas de mar".

Entretanto, el invierno se echaba encima. Hubo que anclar en la costa de una gran isla (hoy isla de Behring). Una noche, el huracán estrelló al buque contra las rocas, y hubo que desembarcar. Para no vivir a la intemperie, se cavaron en la arena profundos pozos, que se cubrieron de mala manera con maderos, pedazos de vela, pieles y musgo seco. Allí habían de dormir todos, sin distinción de clases ni de grados. El escorbuto empezó a hacer estragos. Había enfermos que no habían salido de sus camas en dos meses. Cubierto el rostro de manchas azules y las encías de excrecencias esponjosas que salían entre los labios, sin dientes, vidriosa la mirada, aquellos infelices morían apenas se les sacaba al aire libre, bien sobre cubierta o al llegar a tierra, donde bandadas de zorros hambrientos venían a devorar los cadáveres a la vista de sus compañeros.

Behring era de los peores; pero cuidadosamente atendido por el naturalista Steller, resistió bastante bien el desembarco.

Llegó diciembre. Los infelices viajeros no esperaban auxilio sino del cielo. Las provisiones se habían agotado casi por completo. Cada hombre recibía una libra de harina, y el resto de su comida tenía que buscárselo. Entonces, les fueron de gran utilidad las enormes vacas marinas, algunas de las cuales pesaban tres toneladas, y cuya carne era tan delicada como la de la vaca terrestre. Aquellos extraños anfibios, con cola de pez y costumbres intermedias entre las del buey y las de la foca, se dejaban matar sin defenderse. En vez de patas tenían aletas, y en lugar de dientes, gruesas placas óseas.

El 8 de diciembre, dos horas antes del alba, Behring exhalaba su último aliento en el fondo de su cueva de arena. No ha habido entierro más triste que el de aquel bravo marino, cuya tumba en apartadas tierras señala todavía una sencillísima cruz griega.

Dos meses más tarde, empezó a derretirse la nieve. Los expedicionarios sin jefe, resolvieron hacer un barco pequeño con los restos del "San Pedro", y volver así al Kamchatka; pero surgieron dos dificultades: en primer lugar, el carpintero había muerto, y luego, ¿cómo iban a atravesar toda el Asia, una vez que llegasen a la costa? La primera dificultad la resolvió un cosaco, que se ofreció a dirigir los trabajos y lo hizo, por cierto, a maravilla. En cuanto a la segunda, Steller, el sabio Steller, verdadera providencia de la expedición, fué quien acertó a salvarla. En las islas vecinas abundaban las nutrias marinas, cuya piel no tiene igual en el mundo. Cada una de estas pieles, vendida en China, podría valer de 100 a 150 pesos oro por lo menos. Steller no se equivocaba; aun hoy, en Londres, se pagan a veces 5.000 francos por una piel de nutria marina. No bien expuso el naturalista su idea, se declaró la guerra a las nutrias, y en pocos días los náufragos habían reunido cerca de 1.000 pieles.

Las nutrias desaparecieron al llegar la primavera; pero entonces visitaban la isla millares de focas, cuya piel también era aprovechable, y el 10 de agosto, cuando el nuevo barco estuvo dispuesto para devolver sus constructores al mundo, éstos pudieron meter en él un rico cargamento.

Nueve días después, los restos de la expedición, unos cuarenta hombres, desembarcaban en la costa del Kamchatka, y al poco tiempo, emprendían la marcha hacia Rusia, poniendo en práctica su proyecto de vender por el camino las pieles que habían cogido en las islas del mar de Behring.

Aquellas pieles despertaron la codicia de los comerciantes rusos; pocos meses después, en busca de ellas acudían numerosas expediciones a aquellos parajes antes tan solitarios. Rusia vino a ser el emporio de la peletería y la dueña de aquel territorio, que hoy conocemos con el nombre de Alaska, y que más tarde le compraron los Estados Unidos; ahora, aquel país resulta ser un nuevo Potosí, que produce cada año un millón de pesos oro más que lo que le costó a los yanquis el adquirirla.

Y el autor de todo esto, el desdichado danés que pagó con su vida sus descubrimientos, yace bajo la sencilla cruz griega, en las soledades de la isla que lleva su nombre y a la entrada de aquel mar que, en recuerdo suyo, se llama también mar de Behring.

PROPAGANDA



El maximalista (al obrero norteamericano).—Mira cómo he cambiado mi situación en menos de dos años.

(De "Life").

En el Real Colegio de Cirujanos de Londres, se conserva la momia más antigua del mundo.

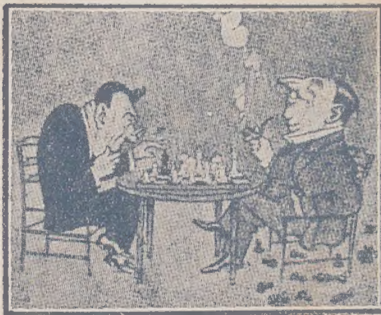
Según el profesor Flinders Petrie, dicha momia pertenece a la cuarta dinastía egipcia y su antigüedad se remonta a más de seis mil años.

Algún autor supone que el muerto fué un funcionario de la antigua corte egipcia, y su cadáver se embalsamó como generalmente se embalsamaban entonces los cuerpos de los muertos en Egipto. Tras de una preparación previa, se impregnaban de drogas aromáticas, se recubrían con una mano de resina sacada por lo común de los cedros del Líbano, y, finalmente, se les pintaban las facciones para que pareciese que estaban vivos.

La momia de que hablamos, figura en el Museo del Colegio de Cirujanos desde el año 1892.

Ensalada maximalista

LA VICTORIA NO DA DERECHOS...



Pero el que gana se los toma

CARICATURAS REVOLUCIONARIAS QUE CIRCULARON EN ALEMANIA COMO TARJETAS POSTALES



"La paz se hará en otoño, cuando caigan las hojas". (Palabras del ex kaiser al principio de la guerra).



El "aprovechador" de la guerra y lo inevitable, (el pago de las indemnizaciones).

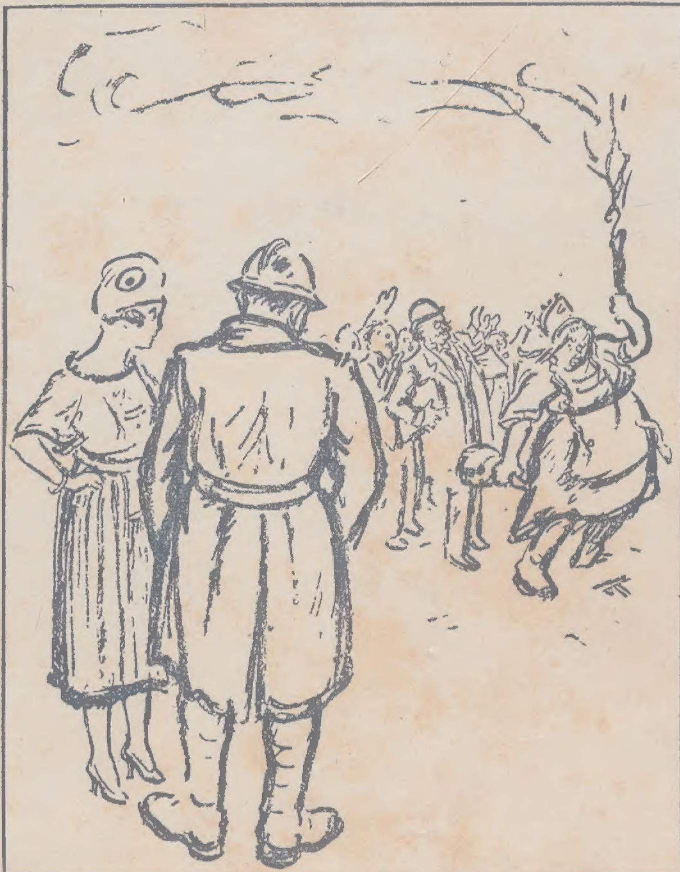
POR ESO MISMO



La mujer, descontenta.—Varios pretendientes que tuve antes de casarme contigo, y a quienes di calabazas, están ahora más ricos que tú.

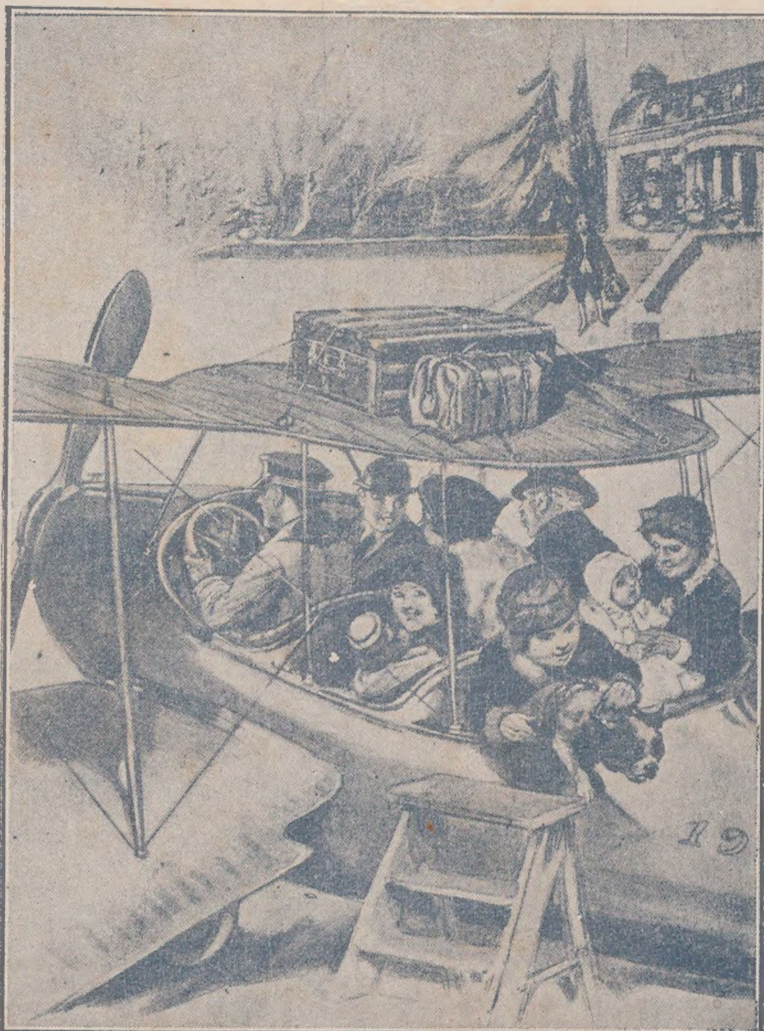
El marido.—Precisamente por eso.

LA REPUBLICA DEL SOVIET



Francia.—¡Y pensar que hay individuos tan estúpidos que me proponen eso como ejemplo!

DENTRO DE DIEZ AÑOS



La familia va a dar un paseo de Buenos Aires a Córdoba.

¿VENGANZA?



Ella.—Cuando nos casemos tendrá que separarse de su perro. No me gustan los perros.



Cómo deberían ser los paraguas para que sirvieran a su objeto.

COSAS DE NUESTRO TIEMPO



La idea de la felicidad que se forman algunos.

UNA FIESTA DE CARIDAD



—No te canses. Ese no te compra los perritos de porcelana.

—Me es igual: tendrá que pagármelos. En cuanto se mueva, los tira y los hace añicos.

Talleres heliográficos de Ricardo Radaelli, Paseo Colón, 1266—Buenos Aires